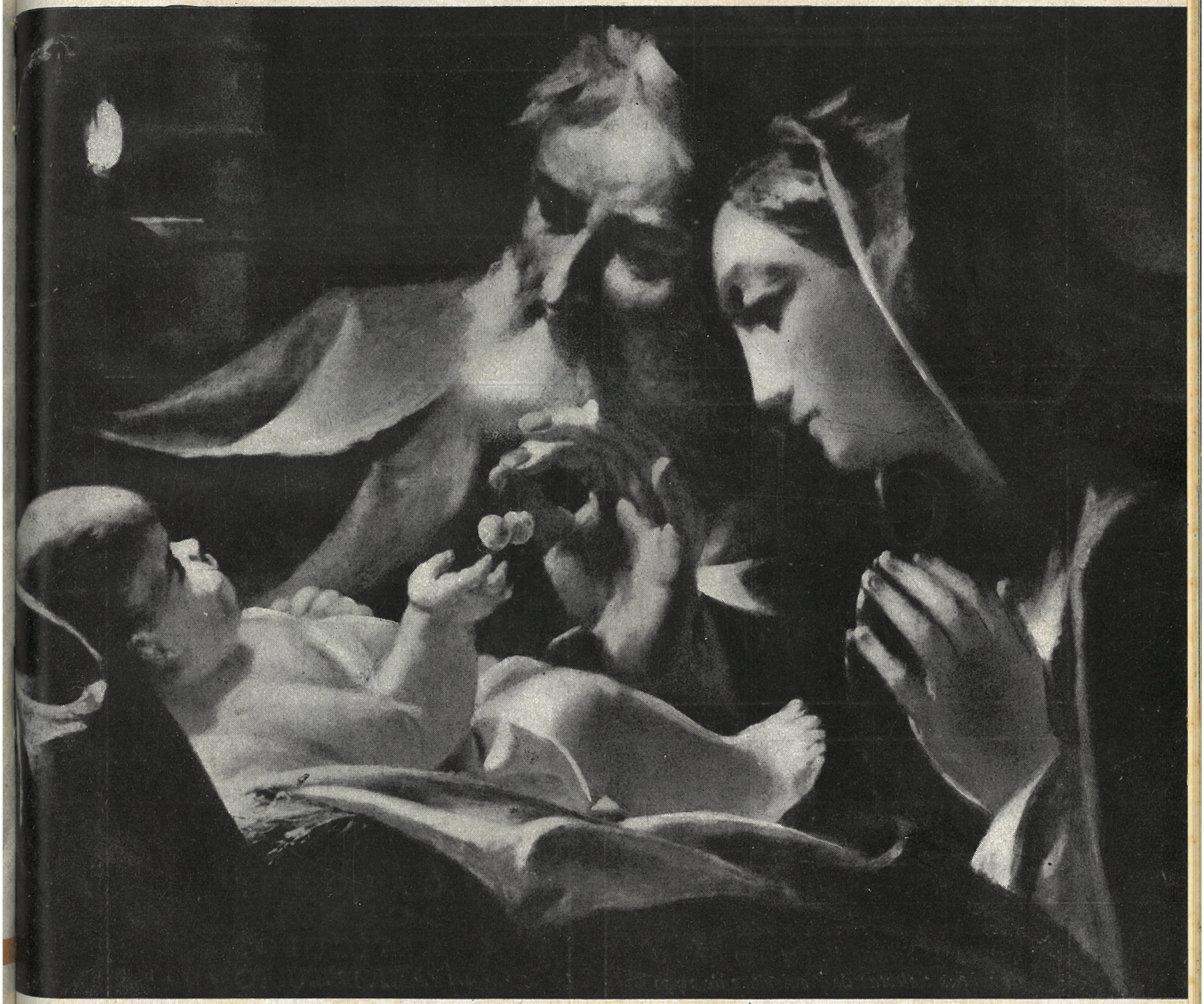
Sígueme

REVISTA DE LOS SEMINARISTAS



«Jesús, Jesús, oh sol de mi alegría,
si el mundo te pudiese conocer,
como un gran girasol se volvería
para poderte ver.»

Bertrand, C. A.

Córcega, 327
BARCELONA

M. S. C.

BARCELONA

L. E.

BARCELONA

G. R.

BARCELONA

IMAGENES

ROSÉS

Plaza Nueva, 11 • Teléfono 19236
B A R C E L O N A

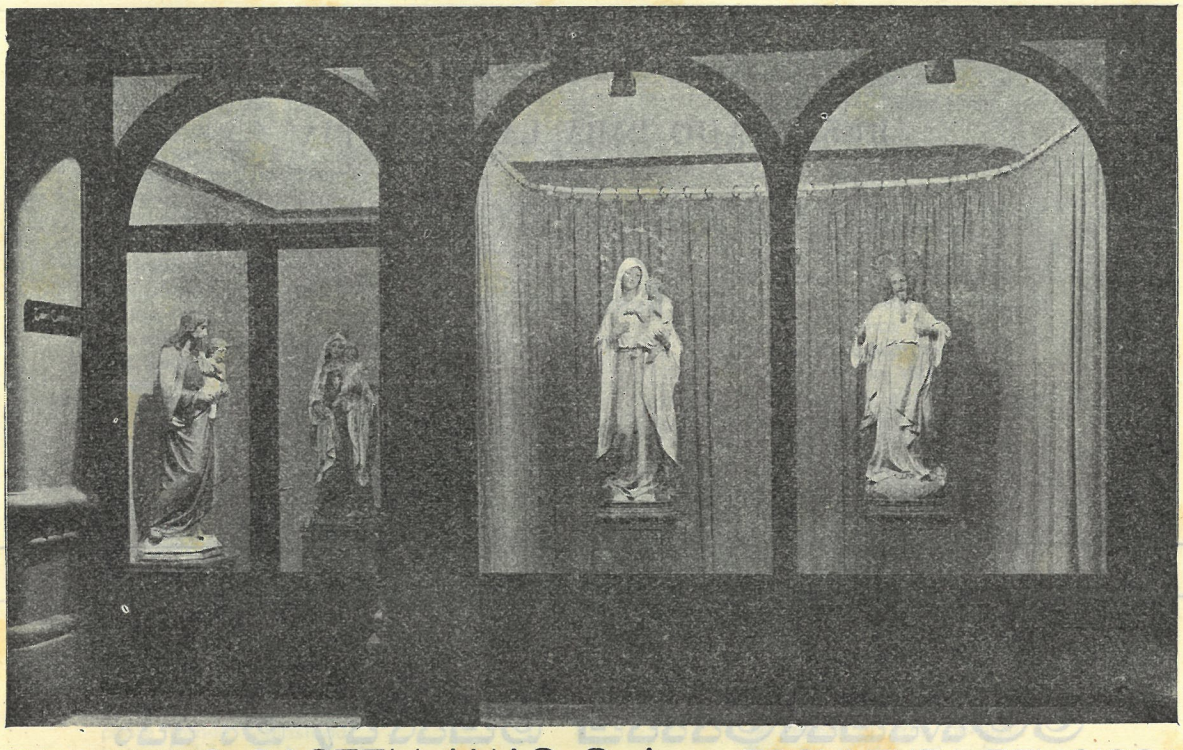
GALONES
DORADOS
ARTÍCULOS
PARA EL CULTO

Librería Herder

Balmes, 22-Tel. 13673 - BARCELONA

Recomienda su servicicio rápido y esmerado ◉ Solicite V. Catálogo General de Obras Selectas de Noviembre de 1940

Donativos para «Sígueme». MANUFACTURAS CUEROS TOSAS: 100 Pesetas



TALLERES CASTELLANAS, S. A. • ESCULTURA RELIGIOSA

EXPOSICIÓN Y VENTA: CALLE CLARIS, 75 - BARCELONA

Gran Sastrería Eclesiástica Hispania

Durán y Bas, 14, pral. - BARCELONA - Teléfono 20259

(Frente a la Casa Sacerdotal de Barcelona)

NUESTRO CORTE LE DARÁ LA SATISFACCIÓN DEL BIEN VESTIR
EL TRATO Y SERIEDAD COMERCIAL SATISFARÁN SUS DESEOS

SOLICITE GRATIS NUESTRO ULTIMO CATALOGO Y MUESTRAS
PARA PEDIDOS COLECTIVOS, DESCUENTOS ESPECIALES

VIAJES MARSANS, S. A.

BARCELONA - MADRID - PALMA DE MALLORCA - SEVILLA - VALENCIA

Expendición rápida de billetes de ferrocarril, billetes kilométricos, pasajes marítimos y aéreos, seguros de equipajes, reserva de asientos en los trenes, organización de viajes combinados con todos los gastos incluídos, individuales y colectivos, etc. • Informes y presupuestos gratuitos

RESERVADO PARA LA INDUSTRIA

SALVADOR FONTCUBERTA

BENICARLÓ

COMERCIAL SERT, S. A.

ALFOMBRAS MECÁNICAS Y ANUDADAS A MANO, TAPICERÍAS,
COLCHAS, PORTIERS, TAPETES, PANNEAUX, CUADRANTES,
MANTAS, TAPAS PARA EDREDONES, MANTONES, ETC.

Lauria, 72 - Teléfono 78747 **BARCELONA**

MEDALLAS
RELIGIOSAS

Isidro Cistaré

CALLE VALENCIA, 195
TELÉFONO 78532
BARCELONA

FÁBRICA DE TEJIDOS DE ALGODÓN • ESPECIALIDAD EN PAÑOLERIA DE BOLSILLO Y REPASADORES

PAÑOLERÍAS BARÓ, S. A.

Teléfono N.º 14687 - Teleg: BAROLICA **BARCELONA** Trafalgar, 19 - Apartado N.º 397
CUENTA CORRIENTE BANCO DE ESPAÑA

FÁBRICA DE TEJIDOS

J. BERNADÓ SERRA

Bruch, 37 • BARCELONA • **Teléfono. 24569**

Cegado con la hermosura
de un deslumbrante espejismo
de avances y de cultura,
de nobleza y de heroísmo,
creíste que por la anchura
de unos campos que veías
abiertos y solitarios,
muy pronto conquistarías
laureles imaginarios
de inéditas valentías,
que no hay en los seminarios;
donde todo es tan medido,
tan constante, tan vulgar,
que llegaste a sospechar
si era un cadáver podrido.
Pero entonces no advirtió
tu imaginación de fuego
que lo grande se plasmó
siempre en la paz y el sosiego;
que la serena paciencia
es yunque donde golpea
con machacona insistencia
la firmeza de la idea,
para forjar, fuerte y dura,
una grandeza futura;
que, si quieres florecer
en ramas que den placer
de sombra muelle y tupida,
antes te tienes que ver
pobre semilla aplastada,
bajo el dolor de la azada,
entre la tierra podrida.
Ninguno dirá en conciencia,
en la pobre humanidad,
que nació con experiencia,
árbitro de la elocuencia,
dueño de la santidad.
Para lograr atraer
a tu senda iluminada
la muchedumbre hechizada,
es preciso poseer
luz del cielo en la mirada,
y fuego dentro del pecho.
Esa es labor de conquista,
que debemos de haber hecho,
teniendo siempre a la vista
sólo un modelo: Jesús,
y sólo un arma: su Cruz.

JUAN JOSE

Es eso, sí, bien lo veo.
A mí aquí me disgustaba
lo que yo, necio, llamaba
torpe asfixia del deseo:
este ritmo siempre igual
de esta vida siempre a raya,
por ese freno inmortal
del deber, que es una valla,
y es el profundo canal
que las aguas junta y guía
para hacerlas más fecundas.
Luego, cuando quise un día
hacia otras tierras profundas
encauzarlas, no podía;
porque allí, rota la fuente
y sin cauce la corriente,
el agua se despeñaba
por barrancos y montañas,
y su fuerza se gastaba,
sin llegar a las entrañas
de la tierra generosa,
abierta como una rosa.

RECTOR

Esa es la verdad. Afuera,
aunque, a la vista primera,
dichas y glorias presientas
y bellezas y esplendores,
después, cuando ver intentas
en sus íntimos valores
la belleza decantada,
como una flor deshojada,
se te muere entre las manos.
No es ese aire soberano
de la vieja catedral,
reto de piedra inmortal
al tiempo, ladrón ufano.

JUAN JOSE

(Con un ligero temblor de emoción en la voz.)

Por eso el alma, al no hallar,
cual la bíblica paloma,
sitio para descansar,
rauda y fija, vuelo toma
de nuevo al arca perdida.
Por eso vuelve mi vida
a buscar lo que perdió
en negra hora suicida.

RECTOR

(Comprendiendo y aceptado complacido.)

Y por eso ahora yo,
nuevo Noé venturoso,
tiendo a los aires mi brazo
y la acojo en mi regazo,
como un padre cariñoso.
Buen Juan, ¿qué, quieres volver?

JUAN JOSE (Impetuosamente)

¡No anhelo dicha mayor!

RECTOR

Pues da gracias al Señor,
que te ha querido atraer.

(Juan va a arrodillarse, buscando la mano del Rector; pero éste abre los brazos, y recibe en ellos al hijo pródigo. Dos lágrimas brillan en sus pupilas.)

Telón

EPILOGO

La misma sala del tercer acto. Están conversando Rafael y Pepe sobre el gran suceso de su ordenación sacerdotal inminente. Se les adivina en el rostro una como unción de alegría recogida e íntima.

PEPE

¡Rafael, por fin, mañana!

RAFAEL

¡Mañana! ¿Quién nos dijera
que tan pronto amaneciera
esta dicha soberana?
¡Mañana ya sacerdote!
¿No te inunda la alegría?

PEPE

¡Sí! Pero yo desearía
serlo sin el estrambote.

RAFAEL

¿Cuál?

PEPE

Lo que viene con él.
Me abruma este pensamiento;
y a veces, a veces, siento
que vacilo, Rafael.

RAFAEL

Pues yo no encuentro motivo
para tanto.

PEPE

¡Oh, yo sí!
Llevo mucho tiempo así,
que parece que no vivo.
Yo soy aún niño impotente,
me pesa mucho la carga,
y es una senda tan larga,
y es tan alta la pendiente...
Nosotros hasta hoy vivimos
una vida bien vulgar:
obedecer y estudiar,
con eso todo cumplimos.
Desde mañana nos dan
título de hombres formado,
y entregan a nuestro afán
una misión, un cuidado,
el más alto y más divino,
el más difícil también.

RAFAEL

Pero nos dan un sostén,
nos señalan un camino.
Con nosotros va Jesús
dondequiera que vayamos,
y yendo con El, llevamos
la potencia de su Cruz.

PEPE

¡Ah! Mas, cada vez que miro
hacia atrás en mi viaje,
se me desmaya el coraje,
y se me rompe un suspiro.
Mi vida entera es un río,
sangrado por mil compuertas:
por esas bocas abiertas
se me fué todo lo mío.
He sido como un huertano,
que va a la plaza a vender
cuanto pudo recoger
con el afán de su mano.
Todo lo dí, manirroto,
al primero que llegaba,
a la ilusión que llamaba,
al próximo o al remoto.
Toda mi esencia perdida,
¿qué presentaré al Señor,
cuando mañana su amor
mi ofrenda de amor me pida?...

RAFAEL

No hay que exagerar. Es cierto
que no podremos llegar
donde nos quiere llevar
nuestro Jesús. Pero advierto
que todos, quién más quién menos,
llevamos sobre los hombros
un cargamento de escombros:
estamos de faltas llenos.
Mas Jesús nos sabe así,
y sabiéndolo, nos llama;
porque el que de veras ama
siente un ciego frenesí.

PEPE (Sin hacer caso)

¿Y mi tesoro perdido,
y mi hacienda malgastada,
y mi vida derramada?...
¿Dónde, dónde os habéis ido?...

(Entra Juan. Se ve que lleva en el alma un peso dulcísimo.)

JUAN JOSE

¿Estáis saboreando
vuestra sublime dicha tan cercana?

PEPE

Estábamos temblando,
al pensar en el día de mañana.

JUAN JOSE

Ese temor, Pepito, no es cristiano.
Tú te lanzas al mundo, no fiando
en tu valor humano.
Vas seguro, señor de la victoria,
porque Jesús te manda a la pelea.
El quiere que su fuerza tuya sea,
tuya también su inmarcesible gloria.
Desde que Dios con fina providencia
abrió por fin mis ojos a su lumbre,
vivo con la gozosa pesadumbre
de llegar a esa fúlgida eminencia.
Y es tan vivo este anhelo que me abrasa,

Sígueme
REVISTA DE LOS SEMINARISTAS·
DICIEMBRE, 1940

UNA CLÁUSULA DEL TESTAMENTO LITERARIO DE RAMIRO DE MAEZTU

No tuve la suerte de conocer personalmente a Don Ramiro de Maeztu. Pude sólo deducir por el espejo claro de sus escritos las bellas cualidades de aquel alma prócer. A veces, no obstante, los escritos compuestos pensando en el público pueden ser espejo convexo que desfigura los rasgos de la personalidad del escritor. ¡Es, pues, muy conveniente tratar a estos grandes hombres en la intimidad para no sufrir engaño acerca de sus prendas! Yo no pude conversar familiarmente con Ramiro de Maeztu; pero poseo una larga carta suya escrita con descuido familiar y cálido, en ese estilo llano y sin remilgos del que pone su alma al desnudo en una confidencia privada ante un amigo entrañable. Y esto ya puede ser un medio para apreciar los verdaderos valores de un hombre que se trasparenta sinceramente y sin tapujos, tal cual es. Las cartas — al menos las cartas familiares — suelen ser espejo claro y veraz del interior. Y esta carta, que yo guardo con respeto, de Don Ramiro de Maeztu lo es. El paciente lector lo va a juzgar por sí mismo.

Es una carta que me escribió el 5 de mayo de 1936. Alguien dirá que una carta a un desconocido no puede ser familiar. Yo no sostendré que ésta merezca tal calificativo por lo que él importa de relaciones de amistad con mi pobre persona — que ya he dicho que fueron nulas —; pero sí que lo merece por lo que supone de sinceridad y de hombría. Vuelvo a decir que se vuelca en estas cuatro carillas bien llenas — tan llenas, que aun se vió obligado a escribir de través para completar sus tumultuosos pensamientos, sin contar las tachaduras y correcciones — aquel alma ardiente, elevada y limpia. Y esto es para mí una revelación de lo que era. Esa facilidad de poner su interior a la vista del primer advenedizo, sin intentarlo, desde luego, sólo porque en la carta se tocan problemas para Maeztu candentes, es un indicio sin posible contradicción de la nobleza de su espíritu y lo delicado de su humildad y su honradez literaria. La sinceridad es don inapreciable que arrebata los corazones, y hace a los grandes escritores, según confesión de Palacio Valdés.

La carta a que vengo refiriéndome tiene la siguiente génesis: Yo venía leyendo durante varios meses una serie de artículos que publicaba en "Acción Española" la ágil y bien cortada pluma de Don Ramiro acerca del palpitante tema del "espíritu". Sinceramente confieso que me deleitaban aquellos trabajos por la reciedumbre de pensamiento y la sencillez y finura de estilo características en el autor de "La Defensa de la Hispanidad". Tal vez influyó no poco en mi interés la misma trascendencia del tema, y el enfoque original de la exposición. Maeztu, tomando como base concepciones filosóficas bien modernas, y nada sospechosas de clericalismo, hacía una maciza y robusta defensa de los valores espirituales de nuestra civilización cristiana. Todo lo cual me sorprendía y me interesaba.

Pero, a lo largo de aquellas páginas prietas y jugosas, me llamaron la atención unas cuantas afirmaciones, que, tal como sonaban, tenían un innegable sabor heterodoxo difícilmente conciliable con la doctrina católica. Me causaron pena aquellas frases. Y, como yo tenía entendido, y aparecía claro por otros escritos del mismo autor, su acendrado catolicismo, un buen día, precisamente el 1 de mayo de 1936, me decidí a escribirle unas líneas haciéndole algunas observaciones, con todo respeto, pero con gran claridad, sobre los pocos lugares que me parecían en pugna con nuestra santa fe católica.

El día 5 me contestaba el defensor de la Hispanidad con la preciosa carta de que vengo hablando. Desde las primeras palabras me cautivó su humilde franqueza emocionada y cordial. Dice así el precioso documento:

"Mi distinguido Señor: Su carta de usted me llena de júbilo, no sólo por la cariñosa apreciación de mis trabajos, sino por la corrección fraterna que contiene. Puede usted estar seguro que, de habernos conocido y hallarse usted aquí, no habrían aparecido algunas de las frases que motivan su corrección.

Empiezo por decirle que ya era intención mía, desde el principio, recoger estos trabajos sobre el espíritu en un libro, cuyo título era "El reino del espíritu", pero usted me sugiere otro, acaso mejor: "Defensa del espíritu", y es probable que lo adopte.

También debo decirle que el libro no se publicará sin que eclesiástico de confianza haga desaparecer cuantas

frases y conceptos puedan estar en desacuerdo con la dogmática de la Iglesia, por torpeza de expresión o por ignorancia mía, ya que no por intención deliberada."

Yo que tenía un alto concepto de las cualidades de escritor que adornaban a Maeztu, no pude menos de admirarme ante actitud tan digna. Nada menos que agradecer lo que él llama una "corrección". Aunque sea muy cristiano, opino que no es este modo de entender las cosas muy ordinario entre los escritores de su talla. Y, a renglón seguido, acepta llanamente mi sugerencia para el título de su obra. Sigo opinando que no es conducta común entre los autores este humilde asentimiento a las insinuaciones del primer desconocido que se presente, principalmente si ellas tienen por objeto los propios escritos. Y, por último, plena sumisión a la autoridad doctrinal de la Iglesia. Eso se llama ser católico de verdad, hijo dócil de la Iglesia, que obra en consonancia con la fe que profesó en el Bautismo. Esta es para mí la mejor enseñanza de la carta. No está fuera de lugar lanzarla a los cuatro vientos en la hora angustiosa que vivimos, que parece de alumbramiento de una nueva edad. El que Pemán ha llamado con justicia "Señor y Capitán de la Cruzada" — por la alteza de sus pensamientos y la siembra bravía de normas y deberes en los días turbios de la oposición y la oscuridad — señala luminosamente la meta. Es la que tuvo siempre España en los siglos gloriosos: ser brazo derecho de la Iglesia, acatando en todo las consignas doctrinales que vienen de Roma — la Roma eterna de los Papas — que son las únicas infalibles.

Después de los tres párrafos transcritos, entra Maeztu de lleno en lo que era objeto de mis observaciones. Como no vienen al caso, hago gracia al lector de estos detalles, que brindo sin embargo al heredero literario del director de "Acción Española". Porque en realidad tienen alguna utilidad si se piensa editar de nuevo aquellos artículos. Transcribo, con todo, algunas frases que manifiestan la misma disposición de ánimo para con la fe católica:

"Desde luego que no es intención mía afirmar que el espíritu humano no es creado, y en la edición del libro desaparecerán o serán modificadas cuantas frases me señala usted que pueden indicar otra cosa. Puede usted estar seguro que nada está más lejos de mi ánimo que suponer que el hombre es Dios."

Después de aquilatar mejor cuál era su mente en las frases que yo le había hecho notar, termina con unas interesantísimas afirmaciones que transcribo íntegras porque son, sin duda, lo mejor de la carta:

"Agradecido a sus correcciones y encareciéndole **que las vuelva a hacer siempre que tenga ocasión y tiempo, me permito indicarle que el objeto de estos artículos y del libro no será otro que el de hacer sentir a los españoles la dignidad de su espíritu. De poco me serviría haber contribuído a hacerles sentir la dignidad de la Hispanidad si ellos se creyeran incapaces de nada elevado. De ahí la necesidad de imbuirles la dignidad incomparable del espíritu humano, por encima de toda decadencia histórica. No tengo a mano (porque está en la encuadernación) el trabajo en que hablo del** freno **y la** espuela **de nuestra religión. El freno creo que es el "yo pecador". Sin él estamos perdidos, porque el orgullo nos despeña al abismo. Pero necesitamos también la espuela, que es la fe en el espíritu, en su capacidad creadora, en su libertad.**

Pero en España hemos subrayado el yo, pecador, **lo hemos subrayado a expensas del espíritu. Crea usted, padre (supongo que es usted sacerdote), que mi mayor pecado es ése, como el de los demás españoles: sentirme pecador e incapaz de sobreponerme al pecado. Y lo que necesitamos es acordarnos más de nuestra grandeza que de nuestra miseria. ¡Estas iglesias que arden sin que nadie las defienda! Estoy lleno de bochorno al pensarlo. Nos hemos vuelto cobardes. No es ya la humildad lo que hay que estimular en nosotros, sino el valor, la libertad, la dignidad, la creación, las virtudes heroicas. Padre, ésta es cuestión de vida o muerte. ¡No desarmen ustedes a sus defensores!**

Por creerlo así me he lanzado a esta campaña, aunque conociendo mis lagunas e inmensas ignorancias, sobre todo en filosofía escolástica, que en estos años empiezo a admirar, más que a estudiar."

Como palpita ardiente y bravía en estas palabras fervorosas el alma del Señor y Capitán de la Cruzada! Tenía razón cuando dije al principio que se volcaba en la carta toda entera. Faltan dos meses y medio solamente para la épica explosión religioso-patriótica del 18 de julio, que había de costarle la vida, y el corazón de aquel gran católico y gran español se crispa de noble rabia ante los desafueros de la horda, perpetrados a ciencia y paciencia de los que detentaban injustamente el poder y la representación de España. Y se encabrita aún más su patriotismo viril ante la asombrosa pasividad, si no vergonzosa cobardía, con que eran acogidos tan salvajes desafueros. Con qué segura clarividencia afirma: "es cuestión de vida o muerte". Su sangre de español se encendía y se rebelaba ante el crimen.

Por eso insiste en la necesidad de excitar el valor y las virtudes heroicas de la raza. No voy a afirmar que fuera fruto de aquellos artículos la arrolladora irrupción de la juventud de España por calles y campos, mares y cielos de la Patria a los pocos meses. Sería desmesurado e inexacto. Aquel florecer de valor y de heroísmo fué una grandiosa explosión de las mejores esencias de la raza concentradas de siglos en los pechos que aún creían en la supervivencia y la verdad de las ideas de religión y Patria. Y por eso triunfaron. Porque el espíritu es superior siempre a la fuerza impulsiva de la materia. Pero, como él mismo dice con humildad en esta carta, Maeztu con su movimiento cultural y patriótico había contribuído (borró la palabra que había escrito al principio cambiándola por otra más modesta, poniendo "haber contribuído a hacerles sentir", en lugar de "haberlos hecho sentir" simplemente) había contribuído, removiendo el poso secular que dormía como vino antiguo en el fondo del alma nacional, "a hacer sentir a los españoles la dignidad de la Hispanidad". Y la Hispanidad que él nos enseñó está hecha de fe católica como sustancia medular insustituíble.

Para ser buenos españoles, conductores de la juventud a las metas gloriosas del porvenir, no olvidemos esta lección que nos dió poco antes de dar su vida por España este gran caballero español, verdadero Señor y Capitán espiritual de la Cruzada con su actitud ejemplar de católico recio y entero: ser católicos es ser hijos dóciles y amantes de la Iglesia siempre y en todos los terrenos: como escritores, como soldados, como trabajadores de cualquier profesión, como sacerdotes.

GERMAN MARTIL

(Prohibida la reproducción.)

Homilética

PLATICA 3.ª: UTILIDAD DE LA FE

I. *Introducción*: Puede hacerse una exposición de cómo el estar poseído de una idea da valor y seguridad para dirigirse en la vida. El saber que estamos en posesión de verdades divinas da un arrojo y confianza sin límites, de donde se derivan innumerables bienes.

II. *Bienes que nos trae la fe.*

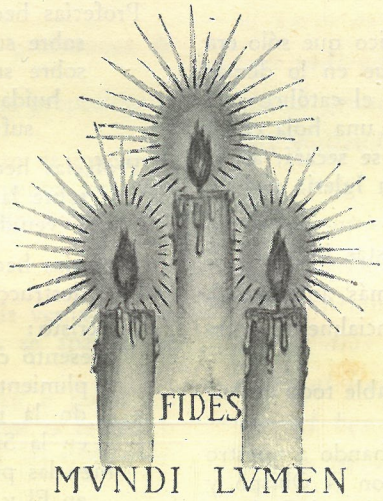
1.° *Para el entendimiento*:

A) Nos inicia en los secretos de Dios.

B) Ensancha el círculo de nuestros conocimientos religiosos.

C) Ayuda a las mismas ciencias. ¡Cuánto no se afinó la Filosofía a la sombra de la Teología!

D) Se encuentran solucionados los principales problemas que el hombre se encuentra planteados en el mundo.



2.° *Para la voluntad*:

A) Nos da una norma segura y completa de conducta.

B) Ayuda en todas las vicisitudes de la vida.

C) Es fuente de alegría y de esperanza.

D) El creer es ya un mérito para el alma.

3.° *Para la sociedad*:

A) El bien que produce en los individuos redunda en los pueblos.

B) Dios bendice a los que creen en El y aparta de Sí a los que le rechazan. Buen ejemplo es la historia del pueblo hebreo.

III. *Casos prácticos*:

1.° Los negros del Congo, refiere Stanley, que decían a los exploradores: «Tomad con vosotros nuestro oro, pero dadnos en cambio de él la religión que nos enseñe a vivir y a morir».

2.° Al volver Colón de América en uno de sus viajes deshizo una tromba en el mar haciendo con la espada una cruz en los aires.

3.° Jactábase un socialista de haber arrebatado a su mujer las creencias religiosas. Volvió un día a su casa y la encontró muerta con sus tres hijos y al lado una carta que decía: «Mientras tuve creencias religiosas pude soportar tranquilamente todas las penas de la vida, animada por la esperanza de un premio eterno. Pero desde que el verdugo que tomé por marido me arrancó la fe, caí en la mayor de las desventuras. No quiero que caigan en ella mis hijos y por esto los he envenenado.»

IV. Hágase ver lo inútil que es al hombre y al mundo la incredulidad. No lleva más que a la desesperación o a la degradación. Y el árbol se conoce por sus frutos. Su filantropía rehuye el sacrificio. Sólo el bien que se hace por Dios es el que se ve en la sociedad.

No habrá ocasión en la vida, alegría o tristeza, temor o esperanza, en que nuestra fe no pueda prestarnos un servicio. Convirtámosla en la vida de nuestra vida. Sus resultados nos la harán más firme, con lo que se aumentará los bienes que de ella se derivan.

PLATICA 4.ª: DONDE SE ENCUENTRAN LAS VERDADES QUE HEMOS DE CREER

I. Hágase ver la confusión que hay entre los protestantes, por estar dados al libre examen, y la seguridad de los católicos en tener una norma (el Magisterio de la Iglesia) para saber lo que tienen que creer. Nada más en Estados Unidos hay 190 grupos de protestantes.

A) Las verdades que hemos de creer están:

1.ª En la Sagrada Escritura:
- que está inspirada por el Espíritu Santo
- que consta de Antiguo y Nuevo Testamento
- que consta de 72 libros
- que Jesucristo dijo que no podía abolirse sino que había de completarse como lo hicieron los apóstoles con su autoridad

2.ª En la Tradición:
- que es el conjunto de las otras verdades transmitidas de viva voz, las cuales cree la Iglesia y no están en la Escritura
- que es el depósito de la predicación de Cristo y los Apóstoles los cuales predicaron más que escribieron
- que la Iglesia respetó en todos los tiempos como fuente de revelación al par que la Escritura.

B) La Sagrada Escritura necesita un intérprete auténtico y seguro.

La Tradición necesita un depositario fiel.

Este intérprete y depositario es

La Iglesia
- que es infalible
- que recibió de J. C. el supremo poder de magisterio

que es la encargada por Cristo de cumplir su mismo fin con sus mismos poderes.

III. *Ejemplos*:

1.° Los discípulos de San Antonio Abad le felicitaban por haber recibido una carta del Emperador Constantino a lo que el Santo dijo que más debía maravillar la carta que el Rey de los Reyes nos dejó en las Sagradas Escrituras.

2.° Un católico pidió su Biblia a un protestante preguntándole cómo podía demostrar que aquel libro era la Biblia. Dijo el último que por sus antepasados que durante muchos siglos la habían venerado como un libro divino. Así le convenció de la necesidad de admitir la tradición.

3.° Un protestante dijo a un católico que sólo era un escrúpulo no creer en el Papa, que en lo demás éramos completamente iguales. Cortó el católico una hoja de un árbol y le dijo: «Mira, es una hoja como las otras, pero no está unida al árbol, se secará; así el creyente que se separó del árbol de la Iglesia por no dar fe al Rmano Pontífice».

IV. Puédese también insistir en estas ideas:

La Biblia es el libro histórico de más antigüedad.

Los Evangelios se coservan sustancialmente íntegros a través de veinte siglos.

Jesucristo adquirió como cosa inmutable todo el Antiguo Testamento, etc...

¡Qué seguridad es saber que escuchando a nuestro Párroco, que habla en conformidad con el Obispo y éste con el Papa, escuchamos a Dios mismo! Todo es poco para hacer conocer a los fieles el beneficio que Dios nos hizo con la Iglesia, para conquistar la fe y adhesión a ella hasta llegar, como Santa Teresa, a dar gracias en su última hora porque había nacido y moría hija de la Iglesia.

PLATICA 5.ª: LOS SIGNOS DE LA FE

I. *Introducción*: Comentario de las palabras de Jesucristo: «Si no hago las obras de mi padre, no me creáis, pero si las hago, cuando no queráis darme crédito a mí, dadlo a mis obras.» (Jo. X, 37 y 38).

II. Explanación de los siguientes puntos:

1.° El milagro es posible. (Las leyes de la naturaleza pueden ser suspendidas en un momento por el mismo que las puso.)

2.° El milagro hecho en confirmación de una doctrina demuestra su verdad, pues Dios no puede autorizar una mentira.

Lo mismo ocurre con la profecía:

1.° Es posible porque Dios lo sabe todo.

2.° Hecha para confirmar una doctrina demuestra su verdad. La ciencia divina está reñida con el error.

III. A favor de nuestra fe hay:

1.° *Milagros* de Jesucristo:

en el mundo espiritual v. gr. sanar endemoniados
en el mundo inorgánico
en el mundo orgánico.

Milagros de todos los santos que se canonizan.

Jesucristo habló en conjunto de sus milagros como confirmaciones de su doctrina y misión. De algunos los afirmó en particular v. gr. resurreción de Lázaro, curación del paralítico para hacer ver que tenía poder de perdonar los pecados.

2.° Profecías anteriores a J. C. cf. SIGUEME, diciembre 1939, dom. 2.° de Adviento.

Profecías hechas por J. C.:
sobre su pasión y muerte
sobre sus discípulos
huída, negación de Pedro, persecuciones que sufriría.

Profecías hechas por J. C.:
sobre la Iglesia;
venida del Esp. Santo, propagación.

Profecías hechos por J. C.:
destrucción de Jerusalén.

Jesucristo:
presentó como títulos que le acreditaban el cumplimiento en El de las profecías, v. gr.: cuando la misión de Juan Bautista, cuando leyó en la Sinagoga de Nazaret.
hizo las predicciones para que tuviesen confianza en El y no desfalleciesen en seguida.

VI. Ejemplos: 1°. Fingióse uno ciego para hacer ver que le curaba un patriarca arriano (Cirilo). Pero se quedó ciego de veras y hubo de curarle en el nombre de Cristo S. Eugenio, Obispo de Cartago.

2.° Un misionero protestante llegó a un poblado católico evangelizado tiempo atrás por S. Francisco Javier. Le preguntaron si había sido enviado por el Papa de Roma como Francisco, a lo que él respondió con insultos al Pontificado. Pidióle pruebas el Jefe de la Tribu como se las había dado S. Francisco a sus antepasados con los milagros y, como no las pudo dar, no le creyeron.

V. Con ocasión de estos ejemplos se puede desarrollar la idea de que ninguna religión tiene la autoridad de los milagros como la nuestra. Los de ésta son probados. Los que pretenden traer otras religiones son meras leyendas que les falta la principal verdad: la histórica.

Las gentes se glorían de los títulos que acreditan la nobleza de su casa. Nosotros hemos de sentirnos ufanos por tener los milagros y profecías que refrendan la verdad de nuestra fe, por lo que hemos de prestar nuestra adhesión a todas y cada una de las verdades de ella y obrar conforme a la norma de conducta que nos dicta.

PLATICA 6.ª: OBLIGACION DE CREER

I. *Introducción*: Puede hacerse el exordio hablando de la obligación de creer cumpliendo aquellas palabras de N. S. J. C.: «Haced penitencia y creed al Evangelio» (S. Marc. I. 15).

II. Conviene dar a los fieles en este punto criterios seguros para que sepan lo que tienen que creer, por esto se les debe exponer la doctrina de la Iglesia con toda claridad.

Según ésta, hay obligación de creer:

1.° Los símbolos: compendio de los dogmas de la Iglesia.

2.° Las definiciones del Papa y de los Concilios.

3.° Las verdades de fe y costumbres contenidas en la Sagrada Escritura.

4.° Hay obligación de aceptar las profesiones de fe formuladas por la Iglesia.

5.° Idem de rechazar y condenar las proposiciones que la Iglesia rechaza y condena.

No hay obligación de saber todo esto de memoria, basta con que demos nuestro asentimiento una vez que conozcamos pertenecer una proposición a los grupos indicados.

Pecan gravemente

1.° Los que rechazan en conjunto la verdadera fe.

2.° Los que, después de abrazarla, se apartan de ella.

3.° Los que voluntariamente niegan o ponen en duda alguna verdad de fe propuesta por la Iglesia.

4.° Los que toman parte activa en los ritos o ceremonias de los herejes.

III. *Ejemplos*:

1.° Anastasio, Osio y otros muchos sufrieron grandes persecuciones por defender una verdad de fe.

2. Gobel, Obispo apóstata de París en tiempos de la revolución, que pisoteó sus insignias episcopales, fué después condenado a muerte por los mismos revolucionarios y, arrepentido, rogó por escrito a su Vicario General fuese a darle la absolución cuando le sacaran para el patíbulo siquiera fuese ocultamente.

3.° Constancio Cloro quiso probar a sus siervos cristianos ordenando ofreciesen sacrificios a los dioses. Uno claudicó y el Emperador le dijo: «Si tu dueño celeste no puede fiarse de ti, menos podrá tu dueño terrestre». Fué expulsado y los demás quedaron como las personas de mayor confianza.

IV. Hágase ver el proceder insensato:

1.° De los que rechazan toda la fe como cosa indiferente sin preocuparse de conocer nada de ella.

2.° De aquellos que llamándose «más católicos que nadie» no admiten otros dogmas que los que les convienen.

Exhórtese a los fieles a la lucha en las tentaciones contra la fe, a no hacer caso de los enemigos de Cristo propagando la práctica de que no pase un día sin que el cristiano rece el símbolo de su fe y rece los mandamientos de la Iglesia.

C. DEL SAGRARIO

EN MI TALLER DE FORJA

Yo consumo contento mi vida
en tallar y tallar sin descanso...
Con la santa ilusión en mi mente
y en mis fibras la Fe palpitando,
libres ya mis pupilas del sueño
al nacer de una aurora de Mayo,
voy urdiendo los moldes que forjen
almas grandes y espíritus sanos;
voy puliendo los troncos macizos
con cincel y martillo en las manos;
voy rompiendo punzantes aristas
y en la Imagen de Dios voy soñando;
voy sonriendo al vivir decadente
de los días sin luz y grisáceos...
Y, al final de mis rudas jornadas,
con el beso de Dios en mis manos;
con la fiebre de anhelos fecundos
que va hirviendo en mi pecho extenuado;
con el alma rendida al esfuerzo
y la frente rendida al cansancio;
con la vista clavada en la tierra
y los músculos yertos y lacios
con la paz en mis dos instrumentos
que a mis plantas reposan ufanos;
con el noble placer del triunfo
y mis fibras con Fe palpitando;
con el rostro bebiendo el aliento
de una brisa que viene del campo...
con la santa ilusión en mis ojos
y un cantar de optimismo en los labios;
¡voy diciendo a los aires con brío,
(al caer de una tarde de Mayo),
que aun hay ansias de vidas que aspiran
a inmolarse a los pies del trabajo,
que aun hay mentes que siguen creyendo
en la Fe de Ideal sobrehumano!

JESUS BARRANQUERO

¡Inmaculada!

A LA VIRGEN DEL SEMINARIO

En la síntesis de misterios que aprisionan la vida sublime de María, hay uno que resalta sobre la superficie ingente de los demás. Su Concepción Inmaculada es el perfil en que se abrillanta el resto de sus excelsas prerrogativas; el esmalte en que se hermosea y se sublima la más noble de todas sus múltiples condecoraciones: la maternidad divina. Por predestinarla Dios para ser su madre, la preservó del virus ponzoñoso de la culpa original. Si no cayó en el primer pecado fué en previsión de su futura dignidad.

María había de ser la concha anacarada que albergara en su seno la fuente de agua viva: el tallo virginal que sustentara al capullo divino; la aurora mensajera del sol de justicia; el arpa que con sus melodías arrullara a la alegría misma del paraíso. María había de ser el templo y sagrario vivo de Jesús; el cáliz y el altar en que se inmolara la sagrada víctima: el nuevo vellocino de Jedeón, bañado con la blancura sin tacha del Verbo Encarnado. María había de ser el jardín florido en que se recreara la Santísima Trinidad; el relicario valioso en que cuajaría la perla del rocío celestial; la grana que suministraría el néctar fecundo para la purísima sangre del Cordero.

Por eso María fué concebida en gracia. Por eso el Supremo Hacedor, que con su simple «fiat» dió el ser a cuantas cosas existen, se desveló al sacar de la nada a aquella humilde doncella. Agotó, pudiera decirse, los tesoros inmensos de su infinidad para derramarlos con largueza y profusión sobre la que había de ser Madre del Verbo.

¡María es Inmaculada! Muchos son los testimonios que así lo atestiguan: la autoridad infalible de la Iglesia, la Escritura Divina, la tradición...

Sí, Madre mía, creo en el misterio de tu Concepción Inmácula; pues el glorioso Pío IX, en un día felicísimo de diciembre, con la autoridad suprema en toda la Iglesia y la infalibilidad exclusiva de su augusta persona, definió solemnemente esta verdad de fe.

Inmaculada aparece ya tu Concepción futura en las primeras páginas de la historia de la humanidad, en las florestas del paraíso, entre las frondas del jardín de las delicias. La palabra airada del Eterno Padre, «Ipsa conteret caput tuum», quedó reverberando por los espacios infinitos, hasta llegar a encarnarse en el seno de los tiempos. Ahora, después de tantos lustros, podemos interpretar favorablemente el sentido de aquellos términos, que en otro tiempo parecieron oscuros: «las aguas diluviales de la corrupción paradisíaca, en cuyos infestos remansos habían de perecer todas las generaciones, respetarían las plantas virginales de María».

¡María es Inmaculada! Así lo canta la tradición constante desde los primeros tiempos con San Efrén, San Ambrosio, Andrés Cretense, San Agustín, San Jerónimo, San Ildefonso..., y continúa con una inmensa legión de escritores eclesiásticos.

María es Inmaculada!, grita la luz de la razón. La Santísima Virgen por la unión hipostática de su Divino Hijo es en alguna manera consanguínea de la Trinidad: porque realmente el Misterio de la Encarnación la coloca en un plano completamente divino. La figura de María contemplada a la luz de este misterio se agiganta de un modo inconmensurable; pues de cualquier modo que se la mire se la ve rodeada siempre de la Divinidad: Hija Predilecta del Padre, Esposa del Espíritu Santo, y Madre de Dios Hijo, forma parte de la divina familia por inefable desposorio con la Tercera Persona, y por la maternidad corpórea y realísima sobre la Segunda. Su dignidad excelsa se acerca a las fronteras de la divinidad, más que ninguna otra criatura, después de Cristo.

Como hija predilecta del Padre, María es la obra más admirable que salió de las manos omnipotentes de Dios. Es la «primogénita de todas las criaturas»; la síntesis y el compendio de todas las maravillas. Ante los reflejos majestuosos de sus excelsas perfecciones, se extasía, contemplándola, la Santísima Trinidad. Y, como para Dios, cuya aversión al pecado es tan profunda como los abismos del infierno, no hay título más glorioso que la limpieza de toda culpa, ¿cuál sería el cúmulo de gracias que derramaría sobre la que había de aplastar la cabeza inmunda del dragón infernal? Si esto hizo el Padre con su hija, ¿qué no haría también el Espíritu Santo para adornar a la que había de vestir la blanca vestidura de Esposa de la Divinidad? María, que como dice San Agustín, fué la única que mereció ser Madre y Esposa del Altísimo, ¿podría ser llamada, como lo hace el Divino Espíritu en la Sagrada Escritura, «jardín cerrado y fuente sellada», si su alma hubiera sido profanada por el demonio? La tercera persona, cuyo divino influjo había de descender al seno de la doncella de Nazaret, ¿cómo había de consentir que el tálamo virginal de María estuviera por algún tiempo infectado por la culpa?

Jesús, el candor de luz eterna, la esencia misma de la pureza, el que se apacienta entre los lirios, el que aún después de muerto no consintió entrar en un sepulcro manchado, ¿toleraría el deshonor de ser concebido en una carne corrompida por el pecado? Si el templo de Jerusalem, en expresión de David, debía reunir toda la magnificencia posible, pues «no había de ser habitación de hombre sino de Dios», ¿cuál no sería la belleza de María, templo vivo y palpitante del Dios encarnado, construído no por manos humanas, sino a expensas de los tesoros infinitos de la Divinidad? El Verbo encarnado que vino a destruir el imperio de Satanás no pudo consentir que su misma Madre, que le había de comunicar el ser corpóreo, estuviera infeccionada por la lacra de la culpa. Esto iría en menoscabo de su honor de Hombre-Dios; pues la deshonra de la madre siempre redunda en descrédito del hijo.

¡María es Inmaculada! Así lo proclama el plebiscito unánime de la historia. Inmaculada la reza el coro inmenso de los Padres de ambas Iglesias. Inmaculada la aclama con el más bello madrigal de todos los tiempos la tradición constante de sus enamorados. Inmaculada la confiesan con los primores de sus obras la ciencia, la elocuencia, la poesía, la música, el arte, la santidad, el heroísmo. Todos a una repiten: «Tota pulchra es Maria, en macula originalis non est in te».

Si no tuviera retrato ninguno de tan dulce madre, la creación me presentaría los primores de sus magnificencias, para componer con ellos el más vivo reflejo de su hermosura. Y en un breve momento haría desfilar ante mi deslumbrada fantasía las maravillas todas de la tierra, diciendo: las estrellas han copiado sus ojos, las flores su cara, los pájaros su voz, las auroras su carmín, los prados su sonrisa, los montes su esbeltez, los mares su majestad, el firmamento su zafir, los paisajes su gracia. Pero sí; tengo su retrato, y lo conservo, como la joya más preciada, como un recuerdo íntimo. Guardo el cuadro en que tradujo el misterio de su Concepción Inmaculada Murillo, su pintor favorito, y aquel otro del no menos privilegiado Ribera. Cuando la contemplo en él más bella que la primera aurora que alegró la tierra, más

Como Ella, nuestras ilusiones se elevan al Cielo en una nube azul.

pura que las primeras brisas que refrescaron el ambiente del mundo, más linda que las primeras flores que perfumaron el jardín del paraíso, entre nubes áureas de gloria y resplandores de cielo, rodeada de un trono de ángeles que la contemplan asombrados, se agolpan en mi mente los bellos pensamientos de un escritor: «María es la arreboladísima rosa que floreció en la zarza misma de la prevaricación original; es la cita de todos los embelesos, es la síntesis de todos los encantos, es el imán de todos los amores, es el arrebato de la fantasía, es el asombro de la inteligencia, es el hechizo del corazón, es el trono de toda poesía es la única que puede en sus anales lanzar a las multitudes aquel reto gloriosísimo del justo de Galilea, ¿quién de vosotros me argüirá de pecado?, es la envidia de los ángeles, es la frontera de lo humano y de lo divino, es el abrazo de la tierra con el cielo».

Su Concepción Inmaculada, como dijo Pío IX el día de la definición solemne, había de tener en esta época encenagada de materialismo degradante todos los caracteres de un programa regenerador de vida individual y social. Palabras que en sentido más riguroso pueden aplicarse a los seminaristas, peregrinos durante su carrera para ser armados un día caballeros andantes del ideal sublime del Evangelio. Y la verdad de su Concepción Inmaculada es la brújula que nos orienta y el faro que ilumna los derroteros de nuestro incesante caminar.

En esa figura de facciones sonrosadas, de célicos candores, coronada de estrellas, con la blancura sin mengua y el azul celeste de su ondulante vestido, rodeado de gloria, sobre un mundo prevaricador, hollado por la serpiente infernal que aplastan sus plantas virginales, en esa imagen vemos el simbolismo de nuestra misión, el postulado y el imperativo de toda nuestra vida.

No desampares, oh María, a los que ponemos en ti nuestra confianza. Bajo los tules de tu manto queremos anidar y vivir. Cobíjanos siempre entre los pliegues de tu veste azul, jirón de cielo. Invocando tu nombre queremos consumir nuestra existencia; envueltos en la sonrisa de tus labios, exhalar el postrer suspiro; y en tus brazos maternales volar al cielo. Así lo esperan de ti los que se titulan hijos de tu amor, los que de cerca quieren imitar tus virtudes. Sea éste el galardón con que recompenses a los que, embriagados por los efluvios de los aromas de tu santidad, militan en las filas de tu pura Concepción.

No sé qué tiene tu imagen, Madre mía, que arroba el alma y enajena el corazón.

Es tal la atracción que ejerces en el alma de los que contemplan tus virtudes, que, apesadumbrados al tenerse que apartar de tu presencia, prorrumpen en un canto de angustia y de amor con uno de tus más finos trovadores el inmortal fray Luis de León:

A ti sola me ofrezco,
a ti consagro cuanto yo alcanzare:
sin ti nada merezco;
y, mientras yo durare,
olvídeme de mí, si te olvidare.

JULIAN GARCIA HERNANDO
Seminarista de Segovia

SAGRADA LITURGIA

EL CANON DE LA MISA

Lo más precioso que contienen los libros litúrgicos de la Iglesia Católica, es sin duda el Canon de la misa, como lo indica ya el tamaño mismo de las caracteres con que se acostumbra a imprimir, y el lujo de adornos que suele acompañarles, para dar una idea grande de su contenido.

El Canon es una oración sublime en medio de su extraordinaria sencillez, sólo comparable a aquella que pronunció Jesús después de la última cena con sus discípulos. De él puede decirse lo que ha dicho un gran crítico de las poesías de San Juan de la Cruz: "El aliento de Dios ha pasado por allí".

No importa que el Canon no sea una pieza acabada, ni un todo perfectamente armónico según las reglas de la Preceptiva Literaria; ni menos que se nos presente en un estado casi fragmentario: tampoco las estrellas del cielo forman entre sí figuras geométricamente perfectas cuando se miran desde la tierra, y no obstante aplastan al observador por su sublimidad y su grandeza.

La Iglesia ha mirado siempre el Canon con religioso respeto: hace muchos siglos que no ha tocado ni una tilde de él, con el anhelo de trasmitirlo intacto a las generaciones siguientes. Eso nos revela el concepto que la Iglesia tiene de él.

Los sacerdotes piadosos lo leen cada día con mayor afecto, y cada vez le sacan un nuevo sabor y jugo de devoción; y hasta llegan a formarse a veces la ilusión de que las oraciones que lo componen, son, al igual que los cánticos del Apocalipsis, siempre antiguas y siempre nuevas.

El origen del Canon es todavía un problema histórico por dilucidar. De él puede decirse que se pierde en la oscuridad con que han llegado hasta nosotros un sinnúmero de hechos, prácticas y costumbres de la Iglesia y de los cristianos de los primeros siglos.

Muchas cosas que para nosotros serían recuerdos dulcísimos de aquellos tiempos venerandos, y de incomparable valor para la historia de la Iglesia, cayeron en el sepulcro del olvido, o por no haber habido quien los trasmitiera a la posteridad en documentos bien redactados, o porque tales documentos, supuesto que se hicieron, en el río revuelto de tantas persecuciones contra la Iglesia y de tantas guerras y revoluciones políticas que han asolado al mundo de entonces acá, se perdieron para siempre.

Existe, sin embargo, un himno eucarístico que nosotros llamaríamos ahora oración o fórmula consecratoria o canon primitivo, perteneciente al siglo primero de la Iglesia, y que por lo mismo es de un valor incomparable para fijar bien los puntos de la historia de la santa misa y en particular de nuestro Canon. Su extensión material excede algo, no mucho, a la del Símbolo de Nicea; y con ser de tan cortas dimensiones, allí está todo lo más sustancial e importante de nuestro Canon.

El espíritu de evolución y de perfeccionamiento que preside todas las obras humanas, andando el tiempo, hizo que se pensara en ampliarlo y embellecerlo; dando mayor expresión y realce a las ideas fundamentales del sacrificio eucarístico. Por otra parte, la piedad y devoción de los Pontífices y sacerdotes que celebraban los divinos misterios, y la libertad que dentro de ciertos límites se les concedía para dejarse llevar de su propia inspiración e iniciativa en las oraciones y plegarias con que debían acompañar la celebración del santo sacrificio, dió por resultado una asombrosa variedad de oraciones eucarísticas perfectamente adaptables a la liturgia de la misa.

Esta variedad de preces litúrgicas indujo a los Sumos Pontífices a examinarlas detenidamente; a hacer rectificaciones o ampliaciones de las ideas allí contenidas, algunos cambios de lugar respecto del punto central e invariable, que era siempre la consagración del pan y del vino; y a no omitir diligencia alguna para dar con una fórmula que satisficiera los anhelos y las esperanzas de todos.

Afortunadamente no faltó quien de todos aquellos preciosos elementos lograra hacer una nueva combinación que agradó a muchos y mereció el visto bueno y la aprobación de la Iglesia, y ha servido como norma fija para la celebración de la santa misa desde aquellos tiempos (siglo IV) hasta la hora presente. Ningún cambio sustancial se ha verificado en tantos siglos; sólo al principio se hicieron algunas pocas y ligerísimas adiciones o modificaciones.

No se conoce el autor del Canon: lo más que dicen de él, es que era un "scholasticus", un hombre de escuela, instruído, literato. Esto es sensible; pero pudo suceder que él mismo, en vista de su exigua labor en el arreglo del Canon, quisiera por humildad ocultar su nombre. Él no hizo otra cosa que ordenar, combinar, disponer de cierto modo conveniente las oraciones antiguas que más solían usarse en la celebración del santo sacrificio. Los materiales existían ya de antiguo. Las palabras del Señor, como dice el Conc. Trid. (Sess. XXII, Cap. 4), los ritos y usos derivados de los tiempos apostólicos y las adiciones o modificaciones introducidas por los santos Pontífices habían dado por resultado, en el transcurso de varias generaciones, aquellas preces litúrgicas que cada día se repetían con mayor gusto. Ordenar, pues, estas preces, cercenar lo superfluo y presentarlas de cierta manera que agradó a la inmensa mayoría, junto acaso con alguna ligera modificción o rectificación del lenguaje, fué todo lo que hizo el autor desconocido del Canon; y en este sentido ha de entenderse siempre que en la Sagrada Liturgia se habla del autor del Canon, para no incurrir en errores que podrían ser de trascendencia.

Esto, por otra parte, da más realce e importancia a nuestro Canon, como es natural, que si hubiese sido obra de un autor particular, aún suponiéndole dotado de extraordinario talento y de eximia santidad.

A pesar de esa aceptación de la Iglesia y de ese sabor de piedad primitiva y de tiempos lejanos, que se rezuma de esas venerandas preces litúrgicas del Canon, reconocen los eruditos y los que fijan en ello la atención, que no están todas esas preciosas oraciones en el lugar que lógicamente les corresponde; y que en tiempos remotos debieron algunas de ellas ocupar en el Canon un sitio diferente del que actualmente tienen señalado. El orden lógico de las ideas que van desarrollándose a lo largo del santo sacrificio, y hasta la misma construcción gramatical indican que en tiempos primitivos el Canon estuvo dispuesto de otra manera. Todo lo cual se compagina perfectamente con lo que hemos dicho sobre su formación.

Con lo que se ha expuesto hasta aquí, podrán nuestros lectores formarse alguna idea sobre el origen, desarrollo y estado definitivo del Canon; ahora vamos a examinar las diferentes piezas u oraciones de que se compone, para poder apreciar mejor su excelencia y las maravillas que

encierra esa oración excelsa que ocupa el primer lugar en la Sagrada Liturgia.

Empecemos por el "Prefacio" que precede inmediatamente al Canon.

El "Prefacio", como su mismo nombre lo indica, es la introducción, el vestíbulo y puerta de entrada al sacrificio: por su forma es un aviso solemne, es voz de alerta, voz de mando con que el sacerdote exhorta a los fieles a levantar sus corazones a lo alto y esperar la venida del Señor, que está ya para llegar.

Cuando en las grandes funciones del Vaticano, desciende el Sumo Pontífice en su silla gestatoria a la Basílica, momentos antes de penetrar por la puerta central suenan las trompetas de plata anunciando la presencia del Pontífice; entonces los fieles reunidos en la gran Basílica experimentan un dulce estremecimiento y dirigen instintivamente sus miradas al fondo del templo, para ver entrar la hierática figura del Padre Santo.

Lo que hacen allá las trompetas de plata es exactamente lo que hace el sacerdote con el canto solemne del Prefacio: excitar los ánimos, mover los corazones, ponerlos a todos en ansias y en expectación del Hijo de Dios que va a descender sobre el altar dentro de breves instantes.

Para ello recuerda en primer lugar la deuda de gratitud que tenemos todos con Dios por la lluvia de beneficios que derrama sin cesar sobre los mortales; hace después, en los días festivos, una alusión al motivo de la fiesta en frases claras y precisas; y por fin invita a todos a alabar a Dios en compañía de los ángeles, entonando el "Sanctus, sanctus, sanctus...".

Desde este momento el celebrante se abstrae completamente de todo cuanto le rodea; y a semejanza de Moisés, cuando subió al monte a hablar con Dios en medio de aquella densa nube, figúrase él estar igualmente solo en la presencia de Dios, hablando con él en voz apagada e imperceptible de las necesidades de la Iglesia y de las almas, y de la inmolación de su Hijo divino; y no saldrá de ese devoto ensimismamiento y de esa mística soledad, hasta que haya terminado de ofrecer a Dios el sacrificio incruento de nuestros altares.

El "Te igitur" es una oración con la cual el sacerdote renueva el ofrecimiento, hecho ya anteriormente, del santo sacrificio por la paz, por la unión y conservación de la Iglesia en toda la redondez de la tierra, por el Papa, por el obispo propio y por todos los fieles unidos con el vínculo de la santa fe católica.

Ideológicamente esta oración coincide con la siguiente, o sea, con el "Memento de vivos", porque en ésta se continúa el ofrecimiento por los fieles que se hallan presentes y que han pedido la misa, o que representan "fictione juris" a los que le han pedido y se hallan ausentes.

Desde este punto de vista las dos oraciones podrían soldarse y formar una sola oración, en la que la idea del ofrecimiento del sacrificio se desarrollaría procediendo de mayor a menor, comenzando por la Iglesia universal y terminando en los fieles que se hallan presentes al santo sacrificio. Habría perfecta unidad de pensamiento; y el acoplamiento sería sencillísimo por lo que a la redacción literaria se refiere.

Históricamente hablando, es otra cosa muy distinta. En este sentido lo mismo el Memento de vivos que el de difuntos son un eco lejano, un recuerdo histórico de la lectura de los llamados Dípticos.

Los Dípticos eran unas tablitas finas en que se escribían, en una parte, los nombres de los oferentes, o de los que aportaban las cosas necesarias para el sacrificio; y en la otra, los nombres de los difuntos por quienes se solicitaban las oraciones de la Comunidad cristiana. Al principio del Canon el diácono leía en voz alta los nombres de los oferentes vivos; después de la consagración leía del mismo modo los de los difuntos dichos, para que el sacerdote y los fieles rogaran a Dios por los unos y por los otros.

Esta práctica, junto con algunas ventajas temporales, debía tener también sus inconvenientes; pues es lo cierto que después de cierto tiempo desapareció, tal vez cuando cesaron las oblaciones en especie y les sucedieron los donativos o limosnas particulares; y hoy no queda de todo aquello más que el recuerdo o memoria que debe hacer mentalmente el sacerdote de las intenciones por las cuales desea aplicar la santa misa.

Considerando así el Memento de vivos, es una como interrupción o paréntesis del Canon junto con la oración siguiente:

"Communicantes", que viene a ser una evocación cristiana de la Iglesia triunfante y una súplica ferviente que le dirige la Comunidad cristiana, para que nos acompañe desde aquellas alturas en la celebración de los divinos misterios, y nos alcance con sus ruegos el socorro divino en todas nuestras necesidades.

Cerrado este primer paréntesis, prosigue el Canon con la oración "Hanc igitur"... durante la cual tiene extendidas las manos el sacerdote sobre la hostia y el cáliz.

Esta ceremonia de extender e imponer las manos está tomada del Levítico (1, 4), en donde mandaba el Señor que, cualquiera que quisiese ofrecer a Dios un sacrificio para aplacar su justicia y expiar los propios pecados, tomase un ternero de sus rebaños, y después de ofrecerlo a la puerta del Tabernáculo, pusiera las manos sobre la cabeza del animal, y lo entregara en seguida a los sacerdotes para sacrificarlo.

La mente de la Iglesia, pues, al establecer esta ceremonia, parece ser indicarnos la víctima sobre cuya cabeza podemos y debemos descargar todos nuestros pecados conforme a lo que dice un Profeta: "Puso Dios en él las iniquidades de todos nosotros". (Isai. 53, 6); reconociendo con fe viva y con sentimientos de gratitud que no hay nadie en la tierra, en quien podamos ser salvos sino en esa víctima sagrada de nuestros altares.

Sobre esta oración, que es una de las más importantes de la primera parte del Canon, a pesar de sus cortas dimensiones, hacen notar los críticos e historiadores lo siguiente:

Según ellos las palabras "Servitutis nostrae".. se refieren al cuerpo sacerdotal, cuando celebraban el santo sacrificio colegialmente esto es, el Pontífice rodeado de todos sus presbíteros, antes de que por la multiplicación de los títulos o parroquias tuvieran los sacerdotes que distribuirse en varios grupos no sin menoscabo del centro o del título principal donde oficiaba el Papa o el Obispo propio.

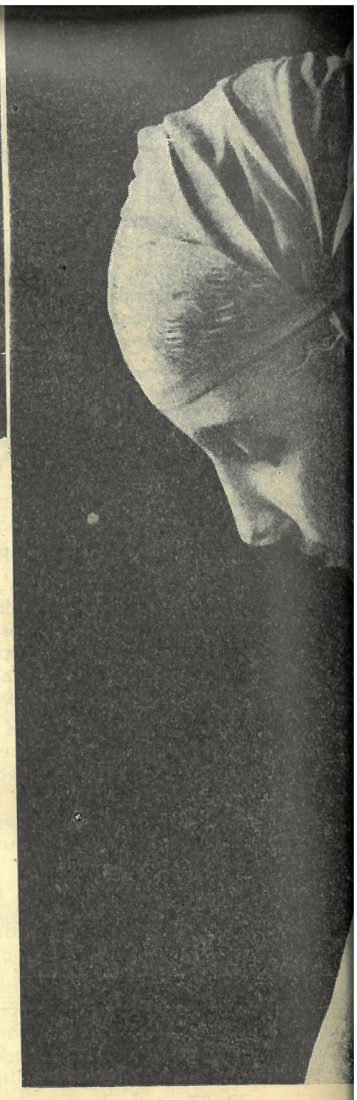
Del mismo modo las siguientes "sed et cunctae familiae tuae"..., representan aquellas nutridas reuniones de fervorosos cristianos que apiñados en torno del altar central, como corona de honor y de seguridad asistían al santo sacrificio tomando parte activa en las oraciones, en los cantos y en todo lo que exigía el Ritual de aquellos tiempos, y terminaban participando de la víctima sagrada bajo las dos especies de pan y de vino.

Dicen también que San Gregorio Magno, para implorar del Cielo el remedio de los males que asolaban en su tiempo toda Italia, pestes, hambres, guerras con todas sus horrorosas consecuencias, añadió las palabras "diesque nostros in tua pace disponas".

Finalmente hacen notar que en el último inciso de esta oración está admirablemente resumido el fruto de la pasión de Jesucristo y de su diaria inmolación en nuestros altares, esto es, vernos libres de la condenación eterna y alcanzar un puesto en el dichoso número de los elegidos del Señor.

(Continuará)

R. MENDOZA P.



4

5

6

LOS SENTIMIENTOS

3

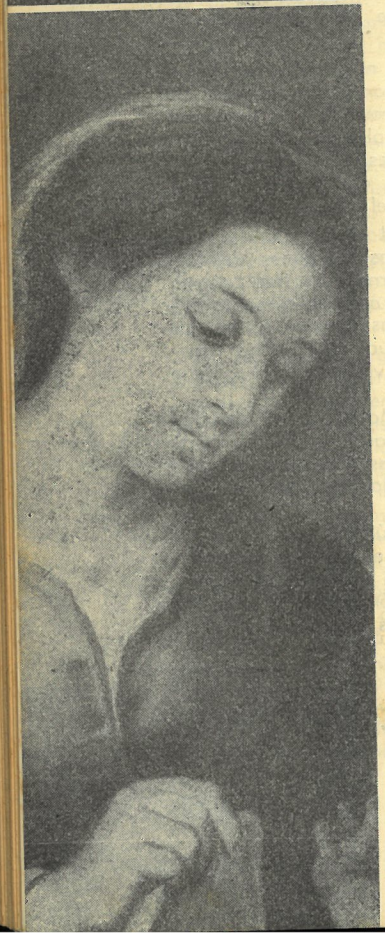
Va cerrando la noche. Los ruidos del campo se apagan en una alfombra de silencio. Las tinieblas han rasgado en las cosas la túnica de luz de que las vistió el día. Una sola estrella, aterida de frío, brilla en la altura velando el Santísimo oculto en el primer sagrario. José duerme plácidamente sobre la dura almohada de una piedra. El Padre celestial le da este sueño para despertarle a media noche ante la sorpresa de la primera Nochebuena y del primer Belén.

María, no siente en sus párpados el peso del sueño. Al contrario, en su interior salta la alegría de un radiante amanecer. Su espíritu, alondra de esa alborada, se cierne en las alturas de la contemplación. Y, como aquélla, reza y canta su oración favorita: "Mi alma engrandece al Señor". Sus ojos, de gozo arrasados, se clavan en la noche extendida sobre el mundo, y su mirada se confunde con la del pensamiento que penetra en el cielo.

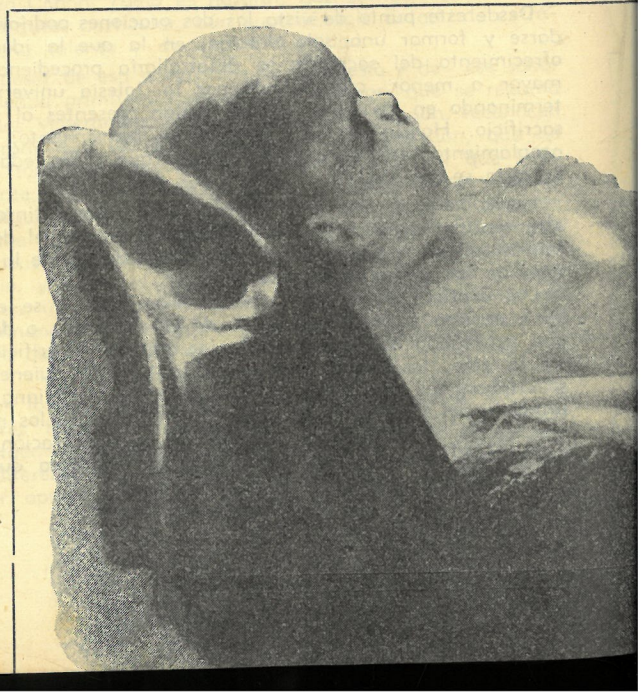
Es la media noche por filo.

¿Qué pasará en la altura, que empiezan a disiparse las tinieblas? El portal se ha iluminado con súbito resplandor. Alas ingrávidas de ángeles lo cruzan de un lado a otro. José despierta y se siente enajenado de gozo. Un hilito de viento crudo que penetra por la rendija de la pared hace temblar con su frío beso las tiernas carnes de un recién nacido. María siente por vez primera la alegría de ser madre. (1) Con mirada angelical ve delante de sí el fruto de sus entrañas. Sobre sus rodillas palpita aquel capullo que acaba de abrirse a la luz. Las perlas de rocío que sobre él caen son las que resbalan de los ojos de la madre. Como aquél tiembla, ella, como primer cuidado materno, (2) le envuelve en un pañal raído, lleno de puntadas y de actos de amor.

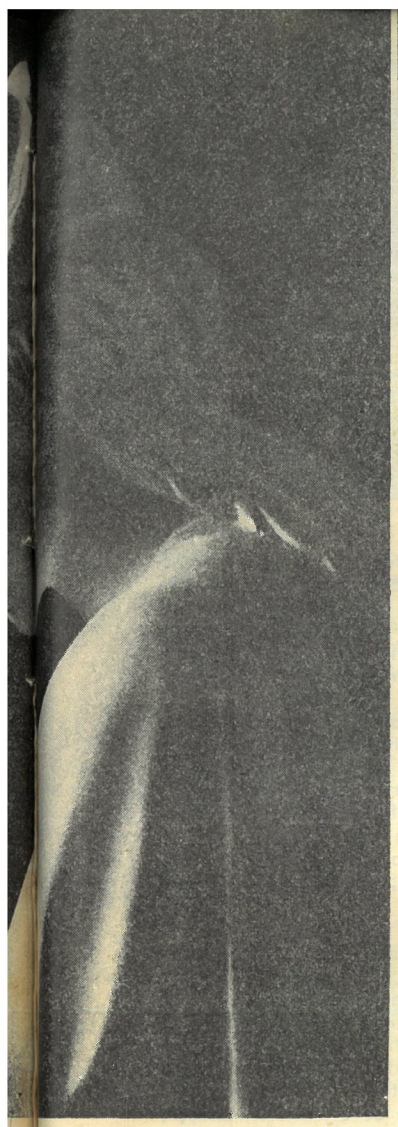
Mientras sus manos hacen y los ojos miran, su pensamiento vuela... (3)

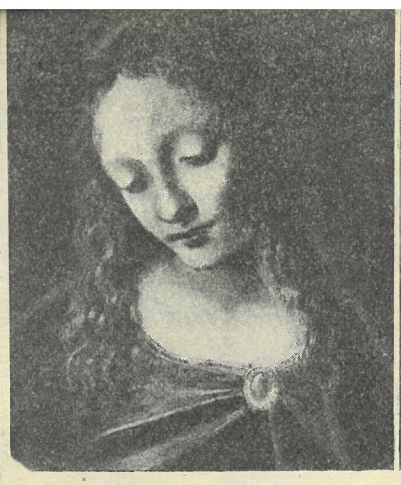


2



1. Wadere. 2. M
5. Ghirlandaio.
8 Perugino. 9
11. Vice





7 8 9

DE UNA MADRE

10

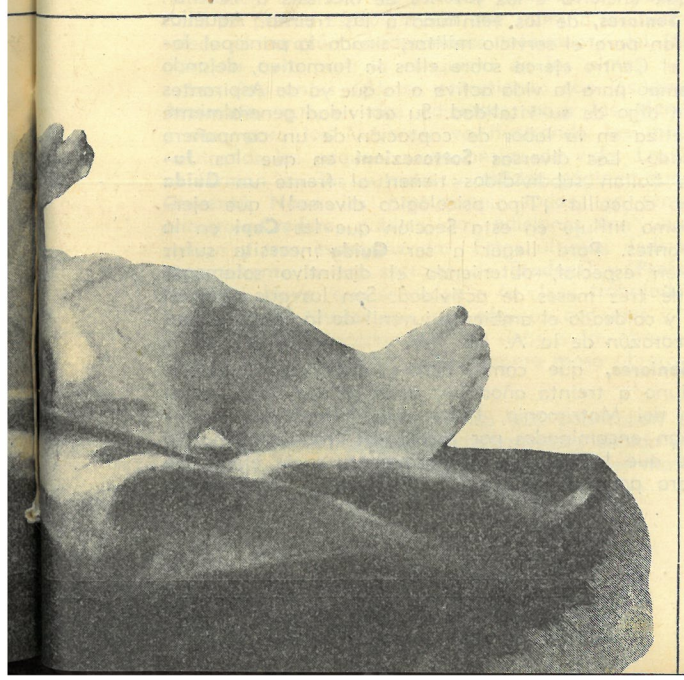
¿Quién podrá sondear los misterios del alma de un niño? —¿Será feliz?—; se dicen las madres. Esta lo sabe todo. "Bendito es el fruto de tu vientre", le dijo el ángel, y con esa clave descifra los misterios.

¿Pero qué extraña nube ensombrece el cuadro y llena de improvisa pena su rostro sereno? (4) Allá en frente de la gruta un montecillo se levanta, y sobre él la sombra de una cruz...

Tiembla el niño sobre las pajas, y sin embargo es Dios. Su madre es la primera que le rinde adoración: "adoro te devote, latens deitas, quae sub his figuris vere latitas". (5)

Los sentimientos van y vienen en oleadas sucesivas, de los ojos al corazón y del corazón a los ojos, trayendo unos la alegría de verle, (9) llevando otros la pena de no tener más que darle, (10) serenándose, por fin, en la contemplación amorosa (8) de aquel niño que tirita y despide rayos de luz, que no se mueve y rige los cielos.

Le mira a él, (6) y se concentra en sí. (7) El árbol ha producido fruto sin haberse caído las flores. Tiene la dicha de ser madre, y la gloria de ser virgen. Van llegando los pastores ante lo insólito del suceso. Los pies llevan descalzos, la zamarra de piel, los vestidos andrajosos, pero el corazón les arde con un fuego singular. María los ve en torno suyo; en aquel momento, ellos representan a la humanidad. María se siente madre del que viene a ser Redentor. Y con mirada suplicante, lo mismo que hará después todos los años al llegar la noche de Navidad, eleva al cielo sus purísimos ojos en actitud sacerdotal, toma en sus manos el cuerpecito de su Hijo, y hace oblación de él al Padre por los pecados de los hombres. (11) Mientras tanto, un coro de ángeles, que bajan del cielo, canta en el espacio: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".



11

urillo. Lippi. 4. Catani.
6. R. 7. L de Vinci.
Botticelli. 10. Lippi.
te Uz (s. XVII).

LA A. C. EN ITALIA

JUVENTUD MASCULINA DE A. C. ITALIANA

(Organización - Prensa)

Centenares de veces hemos escuchado la clásica definición con que Pío XI plasmó el pensamiento capital de la A. C.: "colaboración de los seglares al apostolado jerárquico". Como tal, como colaborador de la Iglesia, participa en cierta manera de todas las prerrogativas inherentes al ministerio evangelizador de la Iglesia. Es universal. No reconoce fronteras. Es en frase del Papa glosando el pensamiento de Sta. Catalina de Sena, "un glorioso jardín a donde Dios manda los trabajadores que la cultiven, y esos trabajadores somos **todos** nosotros" (1); o con frase aún más expresiva, "una Internacional, la verdadera y buena Internacional" que habla por boca de millares de jóvenes esparcidos por todo el mundo con ansias de comprender cada día más y mejor el puesto que les aguarda en los grandes cuadros de la Iglesia y de observar siempre con más fidelidad los deberes que les correspondan (2).

Dentro de esta catolicidad expansiva y dinámica, goza de aquella flexibilidad que le permite adaptarse a todas las circunstancias de las que pueda conseguirse el bien supremo de la Iglesia: la salvación de las almas. De aquí que la organización de la A. C. sea en todos los países de tipo nacional; es más, la responsabilidad recae en el Obispo de cada Diócesis, y es en ella fundamental la parroquialidad. Va a los individuos, se amolda a la idiosincrasia peculiar de cada persona, busca las almas para llevarlas a Dios.

La A. C. Italiana tiene grandes semejanzas con la española. Es unitaria, como unitaria es la española, en oposición al sistema belga. Guarda, no obstante, ciertos matices que le son exclusivamente peculiares. Vamos a reseñarlos restringiéndonos a la Juventud Masculina (3). Describiremos su organización, diciendo algo después de la prensa que para ellos se publica.

Lleva la dirección suprema de la A. C. I. una Comisión de tres Emmos. Cardenales, diocesanos (no curiales), que tiene por Secretario General un prelado igualmente diocesano. De ella dependen todos los organismos superiores de las diversas Ramas de A. C., al lado de cada una de las cuales se halla el Consiliario Nacional. La juventud masculina está bajo la dirección del "Consejo Central" que dirige toda la nación; del "Consejo Diocesano", que, como su mismo nombre lo indica, gobierna la Diócesis; del "Consejo Subfederal" (o comarcal), de quien depende un corto número de parroquias que por sus actividades comunes o mentalidad similar (agrícola, industrial, etc.) pueden agruparse para recibir una formación más o menos homogénea; y, finalmente, de la "Asociación Parroquial", que se pone ya en contacto con los socios. Todas ellas subordinadas unas a otras en perfecta jerarquía. Además de éstas, dependiendo "directamente" del "Consejo Diocesano", viven también las "Asociaciones internas" en Seminarios y Colegios, con libertad de movimientos e independientes de las Parroquias.

En los cuadros organizados, hallamos la especialización vertical y la horizontal. En la primera se atiende a la edad. Un joven de doce años por su temperamento, por la naturaleza de su **soma** en desarrollo se diferencia notablemente de otro de diecisiete abriles. Cada uno tiene su psicología propia, sus problemas peculiares. De ahí la división en **Aspiranti** que encuadra a los niños de once a quince años inclusive, y **Effettivi,** de los dieciséis a los treinta.

Los Aspirantes se subdividen a su vez en dos secciones: **Aspirantes Menores** — de diez a doce — y, **Mayores** — de trece a dieciséis —, teniendo en cuenta que la edad más que cronológica es psicológica; es decir, el paso de una sección a otra más que de la edad depende de la evolución mental y moral del individuo, dejando, por consiguiente, a la prudencia del Director el avance o estacionamiento de los adolescentes en la vida organizativa del Centro. Ambos de nuevo se dividen en **Gruppi,** cada uno de los cuales tiene su **Aspirante Capo** que por su espíritu de mando avasalla a los niños de su edad. Estos, los **Aspiranti Capo,** que con el Secretario de Sección forman el **Cenacolo,** tienen para su formación reuniones semanales y son la levadura que fermenta toda la juventud. Su característica la constituye el espíritu de conquista. De su entusiasmo depende en gran parte la vitalidad del Centro. Son la base de la A. C.

Los **Efectivos,** como los Aspirantes, tienen dos subdivisiones cuyo punto de partida es el servicio militar: **Juniores,** que encierra a los jóvenes de dieciséis a veintiún años; y **Seniores,** de los veintiuno a los treinta. Aquéllos se preparan para el servicio militar, siendo la principal labor que el Centro ejerce sobre ellos la formativa, dejando algún tiempo para la vida activa a la que ya de Aspirantes dedicaban algo de su vitalidad. Su actividad generalmente se concretiza en la labor de captación de un compañero determinado. Las diversas **Sottosezioni** en que los **Juniores** se hallan subdivididos tienen al frente un **Guida** (guía, no cabecilla. ¡Tipo psicológico diverso!) que ejerce el mismo influjo en esta Sección que los **Capi** en la de Aspirantes. Para llegar a ser **Guida** necesita sufrir un examen especial, obteniendo el distintivo solamente después de tres meses de actividad. Son los que mantienen vivo y caldeado el ambiente juvenil de la Sección. Forman el corazón de la A. C.

Los **Seniores,** que como hemos dicho, son jóvenes de veintiuno a treinta años —, o, si entran antes en el santuario del Matrimonio, hasta que forman una familia — van encaminados por medio del trabajo formativo al estado que la mayoría ordinariamente suele elegir. Se les prepara para el Matrimonio. Su principal ejercicio en

(1) Sermón de Pío XII en Sta. María sopra Minerva: 5 - V - 1940 — AAS (1940) p. 181.

(2) A la peregrinación internacional de jóvenes católicos - 20 sept. 1925.

(3) No hablamos de los menores de 12 años por estar bajo la dirección de Mujeres de A. C. Ni de los Universitarios por formar por su cuenta una Rama independiente.

la A. C. es a base de actividad apostólica: defensa de la verdad, pública y privadamente, caridad material y espiritual, espíritu de conquista, de apostolado.

* * *

Hemos visto hasta ahora la A. C. Italiana en su división vertical que tiene por base la edad, y cuya norma directiva es el desarrollo psicológico del joven. Veamos ahora la división horizontal, cuyas líneas normativas están formadas por el género de actividad que cada individuo profesa. La profesión es una segunda vida. El ambiente de que se ve rodeado, la mentalidad que lo circunda, los compañeros con quienes trata, crean en el joven una segunda naturaleza que obliga a la A. C. a preocuparse por la formación de esa modalidad de que se halla revestido. Ello ha motivado la división de la A. C. Italiana en tres grandes grupos que abarcan todas las múltiples actividades de la nación: **Lavoratori, Studenti y Professionisti:** cada uno con sus problemas, con su ideología, con sus necesidades diversas. Necesitan cuidados especiales, formación diversa, orientaciones diferentes. Con ello la A. C. abarca las diversas facetas que el joven puede presentar, trabajando así sobre el mismo individuo dos organizaciones, si no independientes, sí con modalidades y fines de índole diversa. El joven dentro de la A. C. está bajo el influjo formativo de dos sectores: psicológico y profesional.

En estos últimos tienen especial importancia las **squadre** o grupo de socios que, trabajando en una misma oficina, taller o escuela, bajo la dirección de un **caposquadra,** pueden ayudarse mutuamente, estar más unidos para defender la religión contra los ataques de los compañeros que los circundan y ejercer así el apostolado del ambiente conquistando compañeros para la causa de Cristo. Ello contribuye a que dentro de la organización unitaria y nacional que rige en la A. C. de Italia fascista, tenga cabida la especialización profesional que es el fundamento de los organismos jocistas belgas, obteniendo así de alguna manera el fin que conseguiría con los sindicatos, independientes de los estatales, de que se ve privada.

* * *

Todo este concienzudo organismo va vivificado por la savia juvenil y pujante de la numerosa prensa que periódicamente publican. No han olvidado los jóvenes italianos la fuerza motriz y el valor dinámico de las ideas. Han palpado la fuerza y el poder incoercible de una idea asimilada e incorporada al yo, que después las convierta en carne viva de una realidad vital. Y en sus publicaciones periódicas van sembrando con ardor juvenil e impaciencia de apóstol ideales positivos capaces de ser plasmados en realidades fecundas de intenso apostolado. Cada parcela tiene su prensa especializada que ilumina la mente y fortalece el corazón apoderándose totalmente del joven rindiéndolo apto para la conquista de las almas.

Los Aspirantes (4) se entretienen con las páginas del **Aspirante,** que en dos ediciones, para las Menores una y otra para los Mayores, va ilustrando las inteligencias tiernas de los pequeños con ansias de vida. Los Efectivos se forman en las nutridas y sólidas páginas que **Credere Gioventú Nova** les proporciona todas las semanas. El primero, **Credere,** publica dos ediciones con una página común y tres especializadas. Estas últimas dedicadas respectivamente a los sectores de **Studenti** y **Professionisti. Gioventú Nova,** que se dirige a la clase trabajadora, edita también dos tiradas con sus páginas comunes y artículos especializados; encaminados los unos a los obreros agrícolas: **Rurali;** y los otros a la restante masa obrera: **Operai.**

(4) Hablamos de la prensa que publicaban antes del actual conflicto europeo. Posteriormente, debido a las circunstancias, se ha suprimido o disminuído el material periodístico.

Además de toda esta prensa semanal y especializada para cada sector de la juventud, edita la A. C. I. **Il Vittorioso,** semanario ilustrado en colores para niños (algo así como nuestro "Flechas y Pelayos") uno de los pocos que sobreviven, después de la supresión de periódicos juveniles motivada por la guerra, por su labor patriótica y formativa en las filas de la juventud; y **Giuventú italica,** revista mensual de cultura que orienta a los estudiosos en los arduos problemas filosóficos y sociales. Tiene además cada sección su texto de clase apropiado para Efectivos, Aspirantes y reuniones de "Cenacolo".

El Consejo Superior de quien depende todo lo anteriormente expuesto, organiza entre los Aspirantes cada año un concurso, que tiene por fin espolear la actividad de los adolescentes. Para ello conceden determinados premios: un **Brillante** por cada respuesta exacta a las preguntas que se les proponen y una **Fiamma** a quien hace ciertas obras prescritas de apostolado. Cuando el Aspirante ha reunido determinado número de unas y otros, se le concede un distintivo que puede ostentar ufano junto a la insignia de la Juventud. También tienen las Secciones su premio colectivo.

Agendina, pequeño diario que contiene todos los requisitos, condiciones y premios del concurso organizado, presenta al principio de cada una de sus páginas dibujado un racimo aureolado de hojas de vid y que el Aspirante ha de pintar de roio el racimo si cumple una buena acción y de verde la hoja si visita al Señor en el Tabernáculo. Plástico examen de conciencia, privada de premio material alguno con el fin de promover la responsabilidad individual del joven.

No queremos aquí reseñar la prensa que se publica para los directivos de las diversas Ramas, y por consiguiente, también para los muchachos de A. C. Pero no podemos dejar de decir algo sobre el **Bolletino Dirigenti,** revista mensual que se recibe en todas las Asociaciones, y el **Calendario** escolástico que figura en la sala de cada Centro. Consta éste de dos partes: la superior, que en un grabado de subidos colores señala el tema peculiar de cada mes, y la inferior, subdividida en tres columnas que muestran las diversas actividades en las que durante el mes ha de estar ocupada la juventud: juntas, reuniones, círculos, fiestas ocasionales, etc. El "Calendario" señala el tema que, por ejemplo, se ha de explicar en tal reunión, y el "Bolletino" proporciona los esquemas de las materias que deben desarrollarse. De esta manera facilitan enormemente el trabajo de los Directivos Parroquiales y unifican la labor formativa de la juventud católica italiana.

Ahí tenemos un poco delineada la Juv. Masc. de A. C. I. que tan ópimos frutos ha cosechado en su ya veterana tarea de apostolado y que tantos consuelos ha proporcionado a la Jerarquía de la Iglesia en sus más altos representantes durante períodos apurados y trances difíciles, ansiando siempre, dentro de los más puros ideales, la conquista de la Patria para Cristo, y caminando siempre al margen de toda actividad que sirviese de punto de apoyo a los enemigos, declarados o encubiertos, de las nuevas formas de apostolado para anular sus actividades e impedir la consecución de los fines por el Papa señalados y que con tantos laureles han conseguido, aun en medio de no pequeñas dificultades. Siempre fiel a su tradición y afirmada su base en la roca inconmovible de Pedro, con la frente erguida y el corazón pletórico de entusiasmo juvenil, se lanza a nuevas conquistas anhelando abrazar al mundo con el Corazón de Cristo universalista y pacífico. **Sempre piú a sempre meglio** es la consigna del Papa. Y, fieles a ella, escalan las cumbres y perfeccionan su alma. Cada día un paso más en el largo peregrinar a la perfección y al apostolado. Siempre bajo la sombra augusta del Vaticano. Sin desviarse jamás de la mirada vigilante del Vicario de Cristo.

J. JOSE RUIZ
del P. Colegio Español
Roma.

EL REGRESO DEL HIJO

¡Madre, cuanto tiempo sin verte!,
¡parece que fué ayer y son tres años!...
He jugado a la Vida y a la Muerte,
y a Ti regreso por diversa suerte
de peligros, dolor y desengaños.
La noche del poder de las tinieblas
rasgó un alto clarín de madrugada
y al disiparse las primeras nieblas
en pos de nuestros bravos adalides
yo me apresté a luchar contra el impío;
Tú me dijiste: "¡Adiós y no me olvides!,
y cuando alcé a tu rostro la mirada
vi irisarse dos perlas de rocío
en tus ojos de gloria y de alborada.
Yo entonces no sabía
el secreto motivo de tu llanto;
me lloraba tu amor porque temía
que aquél mi celo juvenil y santo
tropezara en la red de algún encanto
perdiéndose en la estéril lejanía
al faltarme el abrigo de tu manto.
Fueron días difíciles y duros,
de vigilias penosas
bajo cielos oscuros,
de luchas horrorosas
sobre campos sangrientos...
mis pies de sangre iban sembrando rosas
al hollar los caminos irredentos.
Solo, en la estepa de dolor y frío,
aquella fiera tempestad sin calma
más que las balas hacia el pecho mío
disparaba sus tiros a mi alma.
Me acosaba implacable y me oprimía
como un abrazo de traidora muerte,
y a medida que el frío me invadía
quizá pensé en Ti menos, Madre mía,
pero no dejé nunca de quererte.
Vi entonces con atisbos verdaderos,
como se ven después las cosas ciertas,
sin la ilusión de aquellos días primeros,
entre ruinas de cuerpos y almas yertas,
con las pupilas hacia el cielo abiertas
porque el mundo ofrecía en sus senderos
la inmolación de tantas vidas muertas.
Entre tanto dolor y tanto daño,
lejos de tus delicias
como una flor tardía el desengaño
sentí brotar al par de un llanto ardiente,
¡oh, cómo eché de menos tus caricias
y aquellos dulces besos en mi frente!
Mísero, desangrado y macilento,
de aquel único amor tuyo sediento,
el temor sacudí con rebeldía;
del humano volcán rojo y violento
allá lejos quedaban los rugidos;
me acordé que llorabas, Madre mía,
y me puse a escuchar estos latidos
del pobre corazón, que aún te quería;
aquel fragor babélico del mundo
por reacciones psíquicas extrañas
era un himno litúrgico y profundo
sonando a redención en mis entrañas.
Y antes de que en el ara de los cielos
se apagase la luz de las estrellas
corriendo sobre espinas de los suelos
que surcaban mi piel de rojas huellas,
nuevamente con místicos anhelos
volví al cariño de tus gracias bellas.
Por caminos, por montes, por atajos,
salvando las más viles asechanzas,
entre penas, peligros y trabajos,
y siempre entre temores y esperanzas
fué mi drama sin nombre y sin medida,
y yo fuí en tan insólitas mudanzas
el que huye de la muerte hacia la vida.
Llegué alegre aunque pobre y destrozado,
abrí la puerta, me arrojé a tu lado
y me diste como a hijo redivivo
cuando al fin en tus brazos me mirabas,
el beso más amante y compasivo
entre todos los besos que me dabas.
—Madre — dije — no llores; fuí un ingrato;
si en mi loco arrebato
te relegué a un rincón de la memoria
y he vivido tan lejos de tu trato
entre un mundo sin dichas y sin gloria;
si mi alma fué estéril vegetando
entre ruinas y lutos y dolores,
tus lágrimas de madre iban regando
el futuro rosal de mis amores,
si tan mal a tu amor he respondido
echando tus ternuras en olvido
ansío ya el perdón por mis agravios;
enjuga ya tu llanto, Madre mía!...
y escuché tembloroso de tus labios:
—¡No, hijo mío; si lloro de alegría!
—¡De alegría!... ¿es posible?... ¡de alegría!,
¡y yo, pobre gusano,
haciéndote traición día tras día,
y esquivando el cariño de tu mano!
¿qué te falta sin mí, Madre adorada?
Y añadiste con tono sobrehumano:
—¡Me falta un hijo! ¿y crees que eso no es nada?
¡Ese hijo eres tú, pobre hijo mío!,
sabiendo que en la estepa de la vida
de hambre desfallecías y de frío
¿de tu debilidad quién no se olvida?
Ya sólo hay una realidad dichosa;
que eres mi hijo perdido y rescatado.
¡Me era la soledad tan dolorosa
sin tenerte a mi lado!
Por mis lágrimas fueron tus caminos
de gozos pocos y de penas muchas;
yo no quise jamás que otros destinos
gozaran los sudores de tus luchas.
Y ahora, hijo mío, dime;
dime todas tus cosas;
entrégale a mi amor que te redime,
generoso y sublime
el fruto de tus luchas dolorosas.
—Y ¿qué puedo contarte,
si no es la confesión de mi pecado?
Este es mi gran dolor, Madre adorada;
llego pobre, desnudo y maltratado,
y, menos olvidarte,
que tenga algún valor ¡no traigo nada!
Sólo traigo en mi cuerpo las señales
de mil jornadas de fatiga llenas
y fruto de batallas desiguales
en mi espíritu lágrimas y penas.
Si algo vale a tus ojos, Madre mía,
traigo otra vez mi amor ya rescatado
con la santa alegría
de poder regresar junto a tu lado,
y a falta de otros méritos presentes
de que encuentro desnuda la memoria
en mis manos cansadas y dolientes
te ofrezco el mejor lauro de mi historia;
que brotó por tus lágrimas ardientes:
la medalla moral de la victoria.

César TRAPIELLO VÉLEZ
Seminarista de León

DE NUESTRA VIDA

ASTORGA: (Seminario diocesano). A primeros de julio ya nos encontrábamos en nuestros puestos descansando de las tareas escolares del curso. No por eso hemos perdido el contacto con el amadísimo Seminario. El frecuente intercambio epistolar con nuestros Superiores y las cartas circulares que éstos nos mandaron hacían que recordásemos continuamente las alegres y tranquilas escenas vividas en el curso.

Nota saliente de estos meses han sido los días de retiro espiritual, verdaderos oasis en medio de las vacaciones veraniegas. En todos ellos reinó siempre una sana emulación por aprovecharse y una santa alegría, que contribuyó a estrechar los vínculos de fraternidad entre los seminaristas y a afianzarles en sus santos ideales. En muchos centros se les agregaron varios señores Curas, y nos consta que quedaron gratamente impresionados del entusiasmo y fervor reinante en los jóvenes aspirantes al sacerdocio.

Durante el verano ha sido nuestro Seminario centro de gran actividad. En él practicaron los santos Ejercicios tres numerosas tandas de Sacerdotes. Recibió, aunque de paso, la visita de varios ilustres Prelados, entre ellos la del Excelentísimo Señor Nuncio de S. S. en España. Muchos han sido también los seminaristas que por él han pasado en sus venidas a la ciudad. Pero entre todas merece especial mención la reunión de los 17 alumnos que llevaban la representación de nuestro Seminario a la Peregrinación Nacional de Seminaristas Españoles al Pilar de Zaragoza.

De la grandiosidad de los diversos actos que allí tuvieron lugar, nada diré, porque plumas mejor cortadas lo han hecho; pero sí haré constar el alto honor que cupo al Seminario asturicense al ser distinguido con el premio primero de la Sección poética en el Certamen literario de la Peregrinación. Su autor, don Bernardo Velado, leyó la composición premiada en medio de atronadores aplausos. Enhorabuena al laureado vate.

Septiembre, 22. «Día del Seminario». Su resultado ha sobrepasado los cálculos de los más optimistas, y creo que aún se desconocen datos de numerosas parroquias. El éxito alcanzado se debe en parte a la propaganda y actividad desplegada por los seminaristas, y principalmente a sus oraciones.

Alumnos nuevos del Seminario de Astorga

Cerramos estas notas pidiendo oraciones por el eterno descanso del seminarista de segundo de latín José Rodríguez, muerto santamente en su pueblo de Noceda del Bierzo.

BARCELONA. Estamos ya en pleno curso. De las pasadas vacaciones, lector curioso, tres cosas valen la pena de decirte, a saber: los cursillos de música y de lenguas, a los que acudían varios seminaristas de la capital y pueblos vecinos; los días de retiro llenos de fervor y entusiasmo seminarístico en que nos reuníamos casi todos para vivir un día de Seminario; y, por último, la magna Peregrinación al Pilar, en la que fuimos representados por un centenar de los nuestros. Los seminaristas barceloneses aprovechamos estas líneas para dirigir un cordial saludo a nuestros hermanos de otros Seminarios, a quienes tuvimos ocasión de conocer junto al trono de nuestra Reina y Madre.

Inaugurado el curso el 30 de septiembre, nos hallamos con una novedad digna de notarse. Barcelona no tiene ya un Seminario, sino dos. Junto a la Cartuja de Montealegre, a la alegre vista del mar y en el puro aire de los pinos, tienen los latinos una casa espléndida. La rigen los Sacerdotes, Operarios Diocesanos, con don Enrique Llidó Lara, de Rector, don Manuel Casanova Gasulla, de Padre Espiritual, y don Jesús Barranquero y don Camilo Conejos, Prefectos.

En los primeros días de octubre tuvimos ocasión de asistir a la Semana que «Fundación Balmesiana» organizó para el impulso de los estudios religiosos en España.

Con motivo de ella, nos honró con su visita el Muy Ilustre doctor don Santos Bereguistain, Doctoral de Pamplona; la autoridad y celo de su palabra dejaron bien grabados en nuestras almas el verdadero sentido y recta directriz de la Acción Católica. Días más tarde era la animada y no menos autorizada voz de don Vicente Enrique, Presbítero, de la Casa del Consiliario de Madrid, quien nos ilustraba acerca los diversos sistemas de hacer eficazmente los Círculos de Estudios. (Respetuosamente, nuestras más sinceras gracias para ambos.)

La fiesta del Pilar hizo revivir en nosotros los días de la peregrinación y la celebramos con especial solemnidad.

En la semana del 20 al 27 de octubre hemos tenido los Santos Ejercicios, que nos ha dirigido el Reverendo Padre Díaz, S. R. Padre Espiritual del Colegio Máximo de Sarriá (Barcelona). El Angel de la Guarda podría darte buenos informes de su éxito.

El día 10 de noviembre, festividad de la Virgen de Montealegre, Patrona del Seminario, fué muy señalado por el esplendor de las funciones litúrgicas. En este mismo día, el Seminario acogió en sus claustros a 700 ejercitantes, que celebraron un día de retiro y estudio. Los seminaristas tuvimos el honor de servirles la comida, por lo que quedaron de tal suerte impresionados, que al siguiente domingo recibimos los seminaristas la sorpresa de vernos servidos por los altos dirigentes del Organismo Diocesano. El Seminario es hoy algo que cuenta en la vida de los católicos barceloneses.

CIUDAD RODRIGO.— Seminario de San Cayetano.—Los seminaristas del Seminario de San Cayetano, de Ciudad Rodrigo, después de haber practicado los Ejercicios Espirituales, dirigidos por su director espiritual, don Domingo García, y ayudado por el Reverendo Padre Tomás Artabe, C. M. F., saludan íntimamente a todos sus hermanos los seminaristas de España, con aquel saludo amoroso con que el Divino Maestro saludaba a sus Apóstoles, a aquel pequeño grupo de seminaristas, los primeros del mundo, siempre que se presentaba ante ellos: «Pax vobis». La paz sea con vosotros.

El día 30 de septiembre, después de la Misa del Espíritu Santo, tuvo lugar en el salón de actos la solemne apertura del curso.

El discurso inaugural estuvo a cargo de don Blas Antonio Rodríguez, profesor de Preceptiva Literaria, quien maravillosamente puso ante nuestra consideración el «Argumento de la gesta de Mío Cid y división del poema en sus tres partes», dando una explicación detallada y concisa de cada una de ellas, versificación del mismo poema, y finalmente demostró cómo en todo el poema se respira el espíritu altamente español, cristiano, noble y generoso que animaba al protagonista.

Después, el Señor Prefecto de estudios, doctor don Emeterio Ladero, leyó una Memoria del curso pasado, en la que reseñó brevemente las pláticas que el señor Obispo dirige mensualmente a los seminaristas, así como el trabajo realizado por los seminaristas en las diferentes veladas, academias y certamen o concurso de verano, etc., etc.

Acto seguido, nuestro amantísimo Prelado nos dirigió su autorizada palabra. Dió gracias a Dios por haber alcanzado en el presente curso el número de seminaristas la cifra de 140, ya que desde la implantación de la República había quedado reducido a un número insignificante.

Demostró también cómo los únicos que podían llevar a cabo la solución de todos los problemas, tanto en el orden intelectual como en el moral y social actualmente, eran los sacerdotes, para lo cual invitó a todos los seglares que tuvieron el honor de honrarnos con su presencia (representación del Claustro de profesores del Instituto de esta ciudad, autoridades civiles y militares) a trabajar incesantemente por el fomento de vocaciones sacerdotales y a sostener y ayudar por cuantos medios tuvieran a su alcance al Seminario de Ciudad Rodrigo, ya que la asignación que recibía del Estado era sumamente reducida con relación a los demás Seminarios de España, y a fin de que en pocos años tuviesen un plantel de sacerdotes que, no solamente hicieran frente a las necesidades de la Diócesis, sino que pudieran ayudar a todas aquellas Diócesis, por donde los efectos de la guerra se dejaron sentir en gran escala.

MURCIA: Y pasaron las vacaciones de verano, durante las cuales, hemos de decir con gran agradecimiento al Señor, no se ha malogrado ninguna de las vocaciones del año precedente.

El 28 de septiembre, muy de mañana, comenzaron a animarse los serios claustros del Seminario con la llegada de los 170 alumnos que este año formamos la comunidad. Para estudiar primero de latín han venido 110; índice magnífico de la bendición de Dios sobre el trabajo desarrollado por Superiores y sacerdotes de la Diócesis en pro de las vocaciones sacerdotales.

Para los antiguos, la noticia de que es don Salvador Cánovas Albadalejo nuevo Superior y Profesor, nos ha sorprendido gratísimamente.

Después del acostumbrado día de retiro, tuvo lugar la solemne apertura del curso académico con Misa solemne, terminada la cual, pronunció un magnífico discurso el Muy Ilustre Señor Magistral y Profesor de Teología Dogmática, don Saturnino Fernández.

El día 4 celebró su fiesta onomástica nuestro Señor Rector, Don Francisco Cerdán; con este motivo vacaron las clases. Por la tarde fué obsequiado con una simpática velada familiar.

La festividad de Nuestra Señora del Pilar y Día de la Hispanidad, no pudo pasar inadvertida entre nosotros, y así honramos de una manera especial a la Patrona de España en los actos de Capilla de la mañana y de la noche.

También el Día Universal de Misiones fué para nosotros día de oración misionera y de nutrida colecta en favor de los infieles.

En días consecutivos nos han honrado con su visita y enardecido con su apostólica palabra el Delegado Nacional de Juventudes de Acción Católica, señor Aparici, y don Emilio Bellón, de la Casa del Consiliario de Madrid. La visita de estos dos ardorosos propagandistas obedece a que nuestro Seminario ha sido la sede de un doble cursillo que simultáneamente se ha dado a Consiliarios y Delegados de las Juventudes de Acción Católica de la Diócesis.

El día 1.º de noviembre dieron comienzo este año los Ejercicios Espirituales. Los «peques» con el Señor Vice Rector don Belisario Panizo, y teniendo los mayores por director al Superior de la PP. Jesuítas de esta localidad, R. P. José Caballero.

Pero necesitábamos un día de expansión para comunicar tantas cosas aprendidas en seis días de intenso trabajo espiritual y para quitar también de la garganta alguna que otra telaraña que el prolongado silencio pudiera haber dejado; y así, al otro día de salir de Ejercicios, nos fuimos de jira a las cercanías del Santuario de Nuestra Señora de la Luz. Después de la Misa cantada en él vino el «dispersit»; unos al Valle, otros a la Sierra de la Fuensanta, a la «Cresta del gallo» los más valientes... En la Iglesia de la Alberca rezamos el rosario y cantamos a la Virgen. Y cantando volvimos a casa para, confortados en el cuerpo y en el alma, reanudar las tareas escolares a mayor gloria de Dios.

TORTOSA: (Seminario Diocesano). Con los brazos abiertos estaba nuestro Seminario, cuando el 30 de septiembre empezaron a llenar su claustro y demás dependencias los nuevos benjamines. Son 87, y hay que verles tan orondos y tan despiertos como si ésta hubiera sido siempre su casa. El 1.º por la tarde llegan los «veteranos», entre ellos los que accidentalmente cursaron el año anterior en la ciudad del Turia.

¿Novedades? Los filósofos se interesan por saber qué profesores ocuparán las cátedras de su Facultad. Son nuevos D. José María Rubio, D. Aurelio Querol y D. José Valls. Los gramáticos no encuetran el rostro sonriente y amable de don Andrés, a quien no pueden olvidar.

El 2 de octubre se inaugura el nuevo curso: el discurso inaugural corre a cargo del ilustre profesor Dr. Francisco Sanjuán.

Y ahora un paréntesis, porque paréntesis fué también lo que pasó para la vida ordinaria, hasta en las clases que hubieron de suspenderse por un día.

Era tempranito aún, cuando a la voz «¡está aquí el agua!» levántanse los más intrépidos dispuestos a afrontar el peligro, y salvar a toda costa lo de la despensa, y... lo que sabe Meseguer. Alguien afirmó que era el Ebro. No fué el Ebro, pero el agua alcanzaba 20 centímetros en la planta baja. Nada; la visita de un barranco cercano. Bien que supimos ganarnos con nuestro arrojo medio día de campo.

El día 29 cantamos en la Catedral la Misa de Réquiem de Perossi y acompañamos por las calles de la ciudad los restos de once mártires, entre los que se contaba D. Sebastián Segarra, Sacerdote Operario, antiguo administrador de las revistas «Reparación» y «Correo Josefino» (R. I. P.).

EL DESDÉN DE LOS BETLEMITAS

"Et peperit Filium... et reclinavit eum in praesepio quia non erat eis locus in diverso-rio". Luc. II - 7.

Mirad, Betlemitas, dormir a mi Vida
En pobre pesebre, sobre áspera paja
Que punza su carne de rosa teñida.
Mirad qué pobreza la de esta guarida.
¡Qué pobre la concha que guarda esta alhaja!
Cansados sus padres de largo camino
Posada os pidieron mil veces y en vano;
Pues mil negativas con ceño mohino
Cerraron las puertas al Niño Divino
Que a abriros venía el Edén soberano.
El mismo Mesías por vuestras moradas
Pasó, Betlemitas, y albergue os pidió;
Y, herido de pena, encontrólas cerradas,
Y nadie repuso a sus fuertes llamadas,
Que el oro tacaños al pobre os trocó.
Su gélido manto la escarcha tendía,
Los vientos, el frío con triste gemir;
Y ansioso a la puerta llamando seguía
Con voz lastimera, por ver si se abría
Y ¡nadie! le quiso las puertas abrir.
Entonces, su veste de rosa escarchada,
Su cuerpo arrecido, salió de Belén;
En mísero establo, la noche mediada,
Nos muestra una Aurora la faz sonrosada
Del Sol luminoso que alumbra el Edén.
Miradle nacido, de sí despidiendo
Raudal infinito de vivo fulgor;
Mirad sus bracitos de nácar tendiendo;
A todos los hombres está bendiciendo,
Sus mentes inunda de luz y calor.
Mirad destilando sus negros ojuelos
Purísimas perlas de intenso brillar;
De pechos mortales crudísimos hielos,
Aún más que la nieve que cae de los cielos,
Sus miembros maltratan con frío besar.
Sus lindas y castas mejillas irisa
Castísimo beso de algún Serafín;
De su hálito a veces la plácida brisa
Dibuja en sus labios divina sonrisa
Que copia la aurora con oro y carmín.

Abrid, Betlemitas, los ojos al día
Y ved al Infante que albergue os pidiera.
Azotan los vientos, la noche es sombría,
La nieve que cae su carne atería,
Mas sigue llamando... ¡abridle, que espera!...

FRANCISCO HURTADO
Del Colegio del Beato Juan de Avila
Burgos

AL EBRO

Bardo trovero del Pilar bendito,
bruñido espejo que el azul retratas,
galán nocturno de la blanca luna,
Ebro poeta.
Tú, que, corriendo, la Montaña bajas,
y suspirando a Zaragoza llegas
con mil cantares en tus aguas puras
para la Virgen.
Tú, que la gracia del Pilar reflejas,
tú, que el cariño de la Virgen sabes,
detén te ruego tu veloz carrera,
oye mi canto:
«Cuando la noche su dominio extiende,
hacia Santiago luminosa brilla
la senda hermosa, que al Apóstol guía,
senda estrellada;
»Y a ti el Eterno concedió que fueses,
entre los ríos que la Iberia surcan
grato camino que al Pilar conduce
senda de plata,
»Traes aliento de las nieves puras,
luego las plantas de la Virgen besas;
son tus murmullos junto al templo hermoso
dulces requiebros.
»En una noche misteriosa y bella
oíste el suave y argentino acento,
voz de venturas, de promesas grandes,
voz de María;
»Y desde entonces cantarinas aguas
besando pasan el Pilar sagrado,
cual si rezaran la plegaria eterna
de agradecidas.
»Y con las flores que en tu lecho siembras
y las espumas que del monte bajas,
para la Virgen que en el templo mora
tejes coronas.»
. . . . . .
Cantor poeta de la Virgen pura,
no te detengas a escuchar mi canto,
no ceses, no, de pregonar sus glorias,
sigue corriendo.

BERNARDO VELADO
SEMINARISTA DE ASTORGA

EL CAMINO

"EGO SUM VIA"

En los umbrales del Seminario, a punto de abandonar ya, para siempre, ese nido de amores, en donde al calor de un Supremo Ideal, se forjaron todas nuestras ilusiones de Sacerdocio, cuando capullos apenas abiertos a la vida, sentimos el amparo tutelar de aquellos muros sagrados; a la sombra de un Sagrario, bajo la amante mirada de una Virgen bendita y cabe la solicitud paternal de unos celosos Superiores y Maestros sabios, se siente más que nunca la nostalgia de los años felices, que constituyen nuestra época de seminarista.

Un **presente** risueño, acaricia el ánimo del joven seminarista: su próxima Ordenación Sacerdotal, la unción Sagrada del Sacramento, la emoción santa de la primera Consagración, las alegrías indecibles de la Primera Misa, los consuelos inherentes al ejercicio de los primeros ministerios y a la total entrega que el novel Sacerdote hace de sí mismo junto con la Víctima del Altar, Consagrado a Dios para siempre... **Sanctum Domino; unxit me...** Y luego, luego... un **futuro** incierto, que se le presenta como la etapa más larga y decisiva de su vida, un futuro preñado de presentimientos e interrogantes, en una palabra, su Vida Sacerdotal. Esa augusta misión que ha de desempeñar en este mundo, lleno de enredos, intrigas y pasiones, tal como la delineó, en la serenidad de sus años de oración y estudio, en la intimidad de Dios Eucaristía, recibiendo la saludable influencia de Maestros prudentes, va a ser, en breve **su Vida;** la que ha de dejar ante los hombres la influencia eficaz de un Sacerdote Santo, y ha de poblar el Cielo de almas, y ha de llenar los ámbitos del mundo de la máxima gloria de Dios, y, ante Dios mismo, ha de merecer el premio de la fidelidad.

No se sustrae, en manera alguna, el ministerio sacerdotal, en sus comienzos, a las inquietudes, afanes y zozobras que lleva consigo el término de cualquier carrera profesional, antes bien los perfecciona, elevándolos a una esfera de la más pura espiritualidad: la mayor gloria de Dios, la salvación de las almas por el establecimiento del Reinado de Cristo en el mundo. Lo cual supone la suma de todos los esfuerzos, trabajos, luchas, estudios y aún la misma muerte por ese Sacrosanto y Divino Ideal, que en síntesis es: Jesucristo vivido y proyectado por su Apostolado, en las almas, con todas las energías de juventud, hasta el último aliento de su vida. Que, si el cuerpo sólo puede vivir de lo presente, el alma vive más de lo futuro, porque nuestra vida moral es un movimiento hacia una Meta, que pudiéramos registrar por estas tres etapas: Niño seminarista, Joven Sacerdote, y "Fatigado obrero de Cristo", como se decía de sí mismo Pío XI en el término de su fecunda y santa vida.

Ya lo dice San Pablo de la generalidad de los cristianos: **"Peregrinamos hacia el Señor",** (II Cor. 5-6); y el Sacerdote precisamente es el Jefe de esa peregrinación que los hombres realizan, desde que nacen hasta que mueren. ¡Cuántas noches de vela, qué de precauciones y pasos de un Jefe de Estado, antes de imponer a sus súbditos la obligación de seguirle por un Camino de Sacrificio, por el cual quiere conducirles a la Gloria de su Patria! Es que se siente responsable de las decisiones que en un futuro próximo pudieran derivarse, para su Nación, cuyos intereses juró defender.

El Sacerdote es Caudillo de su pueblo. Obedece a un supremo mandato de Jesucristo, cuando le dijo: **Pasce agnos meos".** (Joan. 21-15). Ha de proyectar sobre su pueblo la luz de sus enseñanzas, ha de guiarle con seguridad, hasta la posesión de sus destinos eternos, pisando terreno firme, por un Camino conocido, ha de llevarle al Cielo. ¿Qué camino es el verdadero? ¡Hay tántos que quieren conducir al hombre a la felicidad!

Era la última Cena. Jesús dice a sus apóstoles: **Hijitos míos, poco tiempo me queda ya de estar con vosotros. No os turbéis... Voy a prepararos lugar... Volveré otra vez y os tomaré conmigo para que, donde yo esté, estéis también vosotros. Ya sabéis, pues, a dónde voy y sabéis también el camino. Uno de los discípulos, Tomás, le dice: Señor, no; no sabemos a dónde vais, y así, ¿cómo podemos saber el camino?** (Joan XIV - 1 - 5). Entonces Jesús, con una mirada de infinita ternura, mirando con sus ojos divinos todo el Sacerdocio Católico, cuyos primeros miembros acababan de ser por vez primera ordenados, dijo: **Yo soy el Camino.** (Joan XIV -6).

Las sombras de la noche invadían ya la santa casa del Cenáculo. Otras sombras más espesas, las de la traición y del crimen, las del odio y la venganza, las de la persecución y la muerte, las de la comodidad y del vicio, se cernían sobre los primeros Sacerdotes de Cristo, pretendiendo desorientar, en la ruta a la Inmortalidad, los primeros pasos de los Apóstoles que seguían ya a Jesucristo y que más tarde habían de atraer, en pos de sus huellas, a todo el mundo, cuando el mismo Señor les impusiese la tarea de evangelizarlo. Y Cristo Jesús, que si había orado por todos, lo había hecho de una manera especial por los suyos, disipó todas las dudas, que en la boca de Tomás había puesto todo el Apostolado, diciéndoles: **No os turbéis... Ego sum via. Yo soy el Camino.**

Jesucristo es, pues, el camino verdadero. El, nuestro Dios, nuestro Maestro, nuestro Redentor. Sobre esa Roca firme camina el Apostolado y sobre el Apostolado, tú, joven ordenando, a quien dentro de poco la voz de tu Obispo incorporará a esa ruta gloriosa de los que caminan detrás de Cristo. Sigue siempre a Cristo. Firme tu caminar, serena tu mirada en el Ideal. Siempre hacia arriba. Mira, que los peligros, las sorpresas, las dificultades, que son muchos, no neutralicen la acción directora de Cristo, que va delante de ti, que no te sustraigan de ese Faro Divino que alumbra tu Camino, que no impidan los ecos de su voz, que va diciéndote con amor: **Sígueme... Sígueme.** No te alientes con lo fácil, ni te desanimes con lo dificultoso. Mira si por todas tus actividades cruza el Camino de la Vida. Ten por seguro que esto será el aliento cuando desfallezcas, el consuelo cuando llores, la fuerza cuando luches y la suprema esperanza cuando abrumado por el trabajo y el dolor, te encuentres en el término de ese Camino, que nunca abandonaste, con las riberas de la Patria eterna.

Nemo venit ad Patrem nisi per me. (Joan. XIV - 6) añadió el Maestro. A la perfección del Padre Celestial, por el Camino Verdadero. Entre rosas o espinas, por senderos erizados de contrariedades, o sembrados de éxito, en la monotonía y soledad de una parroquia rural, como en las actividades y apuros de altos puestos, apreciados tus trabajos, o desconocidos tus sudores, largo o corto, ancho o estrecho, Jesucristo es el único camino que, como la garantía de un verdadero y definitivo triunfo, se ofrece con el ardor de su Corazón Amante, en el día que abandones definitivamente la Casa Solariega del Seminario, en el día de tu Ordenación Sacerdotal, para decirte, como dijo a Felipe... a Juan... a Pedro..., **"Sígueme".**

JEREMIAS MELCHOR
Seminarista de Tortosa

CORRESPONDENCIA

Incipiente. — Para serlo, merece Vd. plácemes. Alguna cosilla se le ha retocado no porque estuviera mal, sino por ser ordinaria y corriente en todos los Seminarios. Hay que tender a que las crónicas sean concisas, bien redactadas, interesantes para los demás, en fin, tales que den a conocer las actividades de aquel Centro y no ocupen demasiado lugar en la Revista con detrimento de otros artículos que, de haber sitio, pudieran ponerse.

Ni que decir tiene que hallan también cabida en esta sección las ilustraciones referentes a la vida de Seminario.

Magno. — No podemos menos de alabar su nobilísimo empeño en resucitar ese elegante metro de versificación que su predilecto poeta trató de conservar. A fe que es linda rima y hasta los románticos vieron en ella un excelente medio para manifestar al exterior sus vagos e indefinidos sentimientos.

Pero lástima grande que en la composición que nos envía no haya puesto Vd. todo el numen poético de que es capaz. Y, a más, nos ha dejado algunas estrofas sin rima, algunos versos más largos de la cuenta, algunas ideas incoherentes, y...

No obstante, "macte nova virtute, puer; sic itur ad astra".

Ochagavia. — No es el primer trabajo de Vd. que tengo el gusto de leer, aunque sea el primero enviado a SÍGUEME. ¡Son tan ligeras las alas de la fama! Enhorabuena por la intención y por la acertada ejecución de éste. Denota en Vd. excelentes cualidades y esmerada formación literaria. Quizá algunos encuentren su composición un poco pesada y monótona. Pero queda todo realzado por la verdadera inspiración que lo vivifica y lo bien lograda que está la expresión de la idea principal que se proponía desarrollar.

¡Que no sea la última que tengamos el placer de recibir!

Sum. — ¿Se ha fijado Vd. en las bonitas incoherencias de qué está llena la literatura moderna? No lo digo porque Vd. parezca un poco influenciado por ella, sino porque creo que no es lo mismo la alborotada imaginación de esos escritores, que la exuberancia de pensamiento — pongo por ejemplo — de San Pablo, que deja a medio decir las cosas porque no quiere que se le escape ninguna de tantas ideas grandes como vuelan en su mente interrumpiéndole el discurso.

Parece ser que no compone sujetándose a un plan meditado, aunque sólo sea a grandes rasgos, sino que echa mano de lo que le sale al paso, y, si empezó hablando de las estrellas, termina conversando con el sereno.

Pero debajo de todo, se adivina que hay calor para impulsar esas ideas y capacidad para exponerlas.

Lamparilla. — Ya imagino yo que hay más de una mirada curiosa fija en esa lamparilla, hasta ahora escondida bajo el celemín desde hace algún tiempo. Y por cierto que merece estar sobre el candelero para que ilumine alguna de las páginas de SIGUEME. De las composiciones presentadas por Vd. a la Revista es una de las que más prometen. Aunque no dejo de advertirle — también en el cielo hay casi siempre alguna nube — que el lector encuentra algo de confusión en varios pasajes, debido sin duda a la rigidez de la frase que no consigue Vd. doblegar a su gusto, ya por la concisión de la idea, ya porque siempre se suele jugar con un léxico bastante reducido.

Primicias. — Se ve — no sólo por el seudónimo — que ha escrito muy pocos artículos. La pluma no corre, y mucho menos vuela. Sólo hay en su composición aserciones; si todas son suyas indican que tiene atisbos certeros. Creo que podrá salir Vd. más airosamente ensayando sus aptitudes en trabajos serios, que si se dedica a poetizar. Esto es lo que se puede deducir de sus cortas líneas, en realidad primicias, pero que muestran ya en esperanza el fruto cierto.

Nardo. — Suave como el perfume de su seudónimo es el de sus versos. ¡Si no tuvieran tantos ripios! Y el caso es que algunos de éstos no consisten sólo en tal o cual palabrita metida de cuña, sino en versos enteros, que hay que poner porque hacen falta para la rima, pero que son postizos como cualquier vulgar remiendo.

A pesar de todo, sus dos composiciones son publicables y bonitas, pero les amenaza el peligro de ser suplantadas por otras. Y no hay duda que podemos exigirle a Vd. algo más. Ergo...

Legionario. — Bien. De frente. Pero con alguna variación hacia la derecha. Digo que si hubiera Vd. desarrollado algo más tal o cual idea feliz, e importante que apunta, tendría el artículo otro valor. Así, va estirando conceptos secundarios y flojos que indican pobreza de concepción, y sirven para engendrar a su vez confusión. Poco a poco irá encontrando la virtud precisa de la palabra justa y el arte de hilvanar el período sin diluirlo demasiado ni disgregarlo de los precedentes.

¡Ah! ¿Sería tan amable, simpático, que me dijera cuántas comas distingue Vd. en su ortografía? Porque a cada dos o tres palabras pone una comita muy insignificante que no sabe Vd. cuánto marea.

Seminarista. — Interesante y bien hecho el artículo. Bien distribuído y no peor desarrolladas cada una de sus partes. Solamente un "pero". ¿ No podría Vd. quitar de alguna manera ese amaneramiento de ir pegando palabras en la frase hasta redondearla? La frase debería ser toda ella un "unum quid", un bloque sin aristas que no ofrezca roce ninguno. Para eso hay que llenarse primero completamente de la idea y esa turgencia intelectual producirá espontáneamente como una seda el hilito del discurso.

Viva Jesús. — Escribe con sobrada soltura y bastante elegancia. Quítele, sin embargo, a sus composiciones muchas, casi todas, las piadosísimas frases que en ellas suele poner y acertará a escribir un artículo de revista y no una platiquita devota. Sólo el título, tal como Vd. lo pone, hace que se dé por leído el artículo. ¡Es así la condición humana! Y no me llame hereje por eso; es que las páginas de SÍGUEME, con el mal papel que llevan ahora, no pueden convertirse en paño de púlpito.

Pero le digo que está bien escrito el trabajo, incluso caligráficamente, y haría Vd. mucho si cultivara sus cualidades en temas que encajaran bien en la Revista. ¡Con las ganas que tengo de embellecer una página con su brillante nombre engarzado en esa preciosa firma!

Ginés Carranza. — En el número de enero verá Vd. el éxito del concurso. Esta correspondencia no es el fallo sobre los trabajos; solamente es un ligero indicador de virtudes o defectos para ayudar a escribir.

Me ha gustado mucho el trabajito que nos envía. Un poco más desarrollado hubiera satisfecho plenamente. Se le felicita, y quedamos en espera de nueva colaboración.

Pinciano. — Dos son las composiciones que tiene que reseñar esta vez el amigo "Sincero", pero son las dos de mérito muy distinto. A la primera casi no hay que objetarle nada, si bien es verdad que no navega Vd. por mares desconocidos; pero es suya la disposición de los elementos que los renueva resultando una composición interesante y amena. Algo quizá podía haber suprimido de la parte exhortativa en la cual insiste demasiado en el mismo concepto.

La segunda no ha sido tan afortunada producción. Muy larga para ese estilo, que de esta manera resulta violento y pesado. Poca solidez, y la lírica a que en ella se entrega resulta a veces forzada. Quiso probar alguna cosa sin conseguirlo. Otras son demasiado conocidas. Etc. Y, al final, una indiscreta pregunta mía: ¿lo escribió exprofeso para SÍGUEME?

SINCERO

Bibliografía

JESUS, MODELO DE EDUCADORES, por el R. H. Etienne, del Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana. Segunda edición. Colección «Eduquemos». Un volumen de 112 páginas de 20 x 14 cm., precio 5 pesetas. Los pedidos a «Editora Internacional», plaza del Buen Pastor, 7, San Sebastián (Guipúzcoa).

Modesto en su forma, este librito encierra el verdadero espíritu de la educación cristiana.

La escuela católica debe formar, no solamente hombres, sino cristianos para la vida. Y esto es lo que intenta en su libro el esclarecido autor. A ese fin, va presentando delante sencilla y graciosamente, como una serie de estampas evangélicas, las escenas en que Jesús aparece formando a sus Apóstoles.

Pero, el libro tiende a algo más que a dar a conocer la excelente pedagogía de Jesús, aspira a que el educador copie el Divino Moledo, ya que el enseñar después, según su método, será consecuencia natural y espontánea. «Que el ejemplo del maestro irradie en torno tuyo, que sea conquistador, como el de Jesús. La influencia tan notable de ciertos educadores se explica por una virtud amable que de su persona irradia en derredor y arrastra a los alumnos, en quienes tan natural es el instinto de la imitación; les enseña a orar y ser mansos, pacientes y buenos, mediante la única fuerza del ejemplo.»

El libro se lee con singular placer, porque en todas sus páginas se adivina la figura amabilísima del Divino Pedagogo entre niños y pobres, entre multitudes hambrientas de pan y de doctrina, entre discípulos rudos que van a ser luego los maestros de la humanidad. Y sobre ese fondo, la pluma del autor va dibujando el perfil exacto del maestro católico.

UNIVERSITA CATTOLICA DEL SACRO CUORE. ANNUARIO PER L'ANNO ACCADEMICO XIX. 1930-40-XVIII. Milano. Societá Editrice «Vita e Pensiero». 1940.

Gentilmente agradecemos al Rector Magnífico de la Universidad Católica de Milán el obsequio de este Anuario, por el cual podemos seguir las actividades de ese Centro, que es gloria de la Iglesia y de Italia.

En su portada interior lleva la fotografía del artístico monumento erigido a la memoria de Pío XI en el atrio de la Biblioteca de la Universidad de la cual el llorado Pontífice era «plus quam amicus, Pater».

Siguen después los discursos del Rector Magnífico, del Cardenal Pizzardo, en la ceremonia de la erección, y otros varios de ilustres profesores en distintas solemnidades académicas.

Un elenco completo del personal docente, autoridades, etc., así como de las publicaciones científicas de las diferentes Facultades, programas, estadísticas, Estatutos, Reglamentos, nos dan una idea de la vitalidad de esta Universidad Católica, verdaderamente modelo en su género.

PUNTO FINAL

De propio intento hemos reservado nuestra felicitación de Pascuas Navideñas para la última media página del último número de 1940. Así cerraremos este año con un saludo optimista, cual ha sido siempre el de la Redacción de SIGUEME a sus amables lectores, cuando ha tenido ocasión de dirigirse a ellos confidencialmente.

Y, puestos en confidencia, queremos deciries que les deseamos unas Pascuas felicísimas y muy largas, tan largas que lleguen a empalmar con las de enero de 1942 para que entonces, cuando de nuevo reciban acaso la alegre visita de algún conocido amigo que se ha ausentado por espacio de un año, le reciban aún con la misma cara de Pascua.

Porque, carísimos lectores — fuerza es decirlo claramente —, SIGUEME, desde este número, se esconde como el Guadiana para aparecer, si Dios quiere, cuando menos se piense.

Quizá no todos a quienes tenemos el placer de considerar como nuestros suscriptores se hayan dado cuenta de la lucha que hemos sostenido con las circunstancias por espacio de un año. Pero sin duda los que estén al tanto de los presentes azares de la imprenta — lo creemos firmemente — nos habrán admirado. SIGUEME, contra viento y marea, ha ido sosteniéndose durante todo el año en su propósito de contribuir a la formación sacerdotal, literaria y estética de los seminaristas, y cuando casi todas las publicaciones religiosas — con pocas y honrosas excepciones — se han visto obligadas a recoger velas, SIGUEME cada mes ha procurado tener un nuevo conato de superación, una nueva realización de su anhelo de modernidad y de solidez.

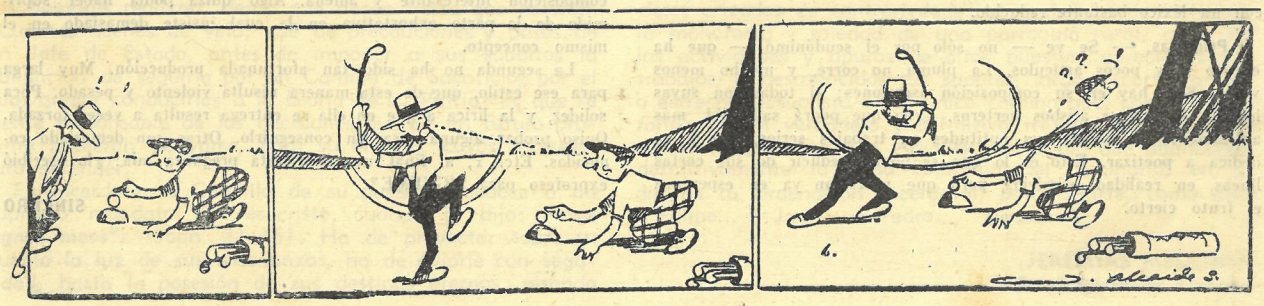
Pero de día en día son mayores las dificultades: el papel, escaso, ha encarecido extraordinariamente. Sólo en este último mes, el cien por cien, y hay el temor fundado de que siga encareciendo cada mes en lo sucesivo; lo mismo cabe decir del fotograbado; ¡hasta la cuerda de atar los paquetes ha subido de precio! Añádase a esto la anormalidad en el correo respecto a impresos. En fin, tántos van siendo los contratiempos, que nos hemos inclinado, muy a pesar nuestro, a tomar la prudente determinación de esperar a que pase la tormenta.

Por otra parte, la tarifa de suscripción es tan módica que no llega a pagar el coste, y no quisiéramos grabar más a los suscriptores. Nos cabe, pues, la satisfacción de haber hecho el bien, "nihil inde sperantes".

Sólo añadiremos para nuestros carísimos seminaristas: el resultado del concurso se dará a conocer oportunamente.

Seminaristas, nuestra Revista no muere. Contamos con vuestra simpatía. Cuando de nuevo brille el sol de bonanza, tendréis en vuestras manos el nuevo número de SIGUEME vibrante, juvenil, sólido, renovado.

Felices Pascuas hasta...



cada día que pasa,
que siento que de pena moriría,
si se tardase mucho mi gran día.

PEPE

¿Y no sientes enojo, y no te irritas,
al mirarte y al verte desprovisto
de lo que más ahora necesitas?

JUAN JOSE

¿No está conmigo Cristo?
¿No se lo he dado todo?
¿Por qué voy a temer? El mejor modo
de ser omnipotente
es sentirse pequeño e impotente.
Dios con su luz me ha ido sosteniendo,
como un amante fino y abnegado:
abandonado en El, iré viviendo,
como un pobre absoluto, de prestado.
Tengo una pena, sí, pena tan triste,
que no puede tener ningún consuelo.
Es dejar este cielo,
lo más hermoso que en el mundo existe.
Yo, necio, pensé un día
de orgullosa y fanática locura
que el Seminario amado debería
morir de asco, como cosa impura.
Luego, cuando las luchas me enseñaron
las vergonzosas lacras de la vida,
mis ojos admiraron
lo que injurié con furia parricida.
Ahora ya sé por fin cuál es el modo
de conquistarlo para Cristo todo:
inyectar en las nobles juventudes
anhelos de heroísmos y virtudes,
copiando la labor del Seminario.
Este es el gran sistema extraordinario
para formar apóstoles y santos.
El que Jesús siguió en su misma vida,
y luego, buen Maestro, usó con cuantos
fueron ovejas de su grey querida.
¡Seminario adorado,
tú serás el modelo inmaculado
de mi labor de artista,
tú el vigor de mi brazo fatigado,
al que nada en el mundo se resista!...

(Queda iluminado por una sonrisa de vidente, con los ojos perdidos en una lejanía misteriosa, mientras cae lentamente el

Telón

IPORA

LA PRIMERA VOCACION ENTRE LOS INDIOS GUARANIES

PROLOGO

En reconocimiento a la España Colonizadora y Cristianizadora ha nacido IPORA, escena dramática en un cuadro. Los P. P. Jesuítas que en él actúan representan a todos los bizarros Misioneros españoles que derramaron la divina doctrina y su sangre en estas americanas tierras para la salvación de los naturales; y los indios guaraníes que intervienen representan a las razas indígenas que poblaban estas vírgenes tierras; e Iporá, hijo de una cautiva, engendro de ambas razas, fruto fecundo que creció regado por lágrimas españolas y por la sangre de bravos misioneros, sintiéndose llamado a una misión sublime, exterioriza la generosidad de su raza y la nobleza de la hispana.

REPARTO

Padre Superior de esta Misión.
Padre Diego, 45 años.
Padre Jorge, 35 años.
Iporá, niño de 14 años.
Indio Juan, 20 años.
Cacique, de aspecto feroz.
Indios.

Estos Misioneros pertenecen a la Compañía de Jesús.

NOTA: La acción se desarrolla entre los indios guaraníes del Territorio de Misiones (Rep. Argentina). La raza Guaraní era una de las más importantes que poblaba el Norte de la República Argentina, Paraguay y otras regiones de la América del Sur.

Escenario

Representa un bosque. A la izquierda se supone encontrarse la choza de los Misioneros.

NOTA. Izquierda y derecha, se entienden del espectador.

Escena primera

El Padre Superior y el P. Diego.

P. SUPERIOR. — Hoy tres meses hace que desembarcamos en estas benditas tierras y nuestra labor, creo, no ha sido infructuosa. Muchos son los indígenas que ya se han familiarizado con nosotros. Se conoce que en muchos ha quedado muy honda la doctrina de los Santos Mártires Franciscanos. Yo espero en el Señor que veré la conversión del cacique de estas tribus y que pronto con él todos los indígenas han de adorar al Verdadero Dios.

P. DIEGO. — Que así sea, P. Superior, y confiemos en la intercesión de estos Mártires que regaron con su sangre tierra tan fecunda.

P. SUP. — Pues bien, el sol ha entrado. Ya sabe su Rvcia. que preciso será dejarlo solo por esta noche. Cuando regrese el indio Juan le hará compañía. Partiremos de aquí a unos instantes con los demás Padres y el hidalgo Santiago nos acompañará; aunque penoso es el viaje, necesario es intentar nuevas conquistas para Cristo.

P. DIEGO. — Bien merece su Divina Gloria nuestros esfuerzos (pausa). Pero tengo una preocupación, reverendo Padre, que hace días me inquieta.

P. SUPERIOR.— ¿De qué se trata, P. Diego?

P. DIEGO. — Hoy nuevamente después de la instrucción de los indios-niños, uno de ojos azules, que otras veces me ha hablado, me ha pedido quedarse con nosotros; dice que quiere ser como yo. Y, cosa que más me admira, dice que quiere ser la salvación de su raza. Yo le he dicho que pronto abriremos el colegio, que espere a que hablemos con su padre, pero él...

P. SUP. — ¡Padre! Me admira sobremanera lo que dice de ese niño. Tal vez sean sus padres muy buenos convertidos y que de esta manera hayan conocido la necesidad de apóstoles indígenas para convertir a sus hermanos ¿Cómo se llama?

P. DIEGO. — Le dicen Iporá.

P. SUP. — ¿Qué edad tendrá?

P. DIEGO. — Ya debe contar, pienso, sus 14 años; me ha dicho que fué bautizado por unos extranjeros que luego los indios mataron.

Escena II

P. Jorge y dichos.
(Por izquierda, entrando)

P. JORGE. — Con permiso.

P. SUP. — ¿Ya estáis listos?

P. JORGE. — Ya estamos prestos para marchar; pero venía a comunicar al P. Diego que le busca el indiecito del Catecismo, que esta mañana le habló.

P. DIEGO. — Es él, P. Superior, ¿qué hacemos?

P. SUP. — ¡Padre Jorge, hágalo pasar! (Sale el P. Jorge por la izquierda).

Escena III

Dichos.

P. SUP. — Bendito sea el Señor, que va preparando el camino para la salvación de estos indígenas. (Pausa). Pero debemos apurar, falta poco para la partida y la noche se cierra.

P. DIEGO. — Dios bendecirá vuestros pasos.

Escena IV

Entra el P. Jorge por izquierda con el niño.

P. JORGE. — ¡Adelante! (Lo hace pasar). (Se retira). (El indiecito, vestido a su usanza: cabellos largos y negros, su cara bronceada y macilenta).

P. DIEGO. — ¿Qué buscas, Iporá?

IPORÁ. — Dios os bendiga, extranjeros.

P. DIEGO. — ¿Qué quieres? (El niño baja la vista.) (Pausa).

IP. — (Siempre con la cabeza baja). — Ya te dije, español, el indio Iporá quiere ser como tú; el Ropa negra es muy bueno porque adora a un Dios que lo hace bueno; yo quiero quedarme con él.

P. SUP. — Esto es imposible, niño; primero hablaremos con tus padres y después veremos.

IP. — (Triste). — Mi padre... Mi padre es una fiera... Muy malo.

P. SUP. — ¿Y quién es tu padre? (El niño calla).

P. DIEGO. — Aún no he conseguido saber quien es.

IP. (Cabizbajo). — Es muy malo.

P. SUP. — ¿Tienes madre?

IP. (Tristemente). — Iporá no tiene madre... Papá la mató... Ella me dijo que el español era bueno... Que amara al Ropa negra.

Escena V

Entra el P. Jorge.

P. JORGE. — Padre Superior, es llegada la hora, nos esperan para marchar el hidalgo y seis indígenas.

P. SUP. — Bien, voy al punto. (Sale el P. Jorge).

P. DIEGO. — Su Rcia., ¿qué dispone acerca de Iporá?

P. SUP. (Al indio.) — Niño, es imposible; torna a tus toldos, que a mi regreso ya procuraré que quedes con nosotros.

IP. — Hace tres soles largos que no torno a mis toldos; mi padre me maltrata; recíbeme, que ando errante, lejos de mi padre y hermanos malos. Recíbeme, español, tú que eres bueno; recíbeme en tu choza para que al indio Iporá no lo maten las fieras de sus bosques.

P. SUP. (Pausa), (Indecisión). — Pero... ¡P. Diego!, no puedo detenerme más, que quede con su Reverencia y mañana procure averiguar quién es el padre de Iporá.

IP. — ¡Dios te bendiga, español!

P. SUP. — Debo marchar. (Camina hacia izquierda, acompañado del P. Diego, quien antes de desaparecer dice al indio):

P. DIEGO. — Espérame un instante. (Ambos por izquierda).

Escena VI

Iporá solo.

IP. — Hace tres lunas pálidas que escapé de mis toldos. Mi padre tal vez me buscará... Pero si él fuera bueno como el español, yo estaría con él. Mi madre me decía que amara al Ropa larga... ¡Yo quiero ser como él! (Pausa).
¿Madre querida, que me miras desde los luceros, yo quiero ser como el Blanco, a quien me dijiste que amara! (Se cubre la cara, tristemente). (Se sienta en unos troncos, a izquierda).

Escena VII

Entra el P. Diego. Siéntase a su lado.

P. DIEGO. — ¿Qué pasa, Iporá?... ¿Lloras?... ¿Qué pasa?... ¿Tienes tal vez hambre? Tu rostro me lo dice.

Vinos puros de vid para consagrar. Mosto puro

MANÁ

Agustín Serrano

COSECHERO

Proveedor del Sacro Palacio Vaticano

MANZANARES

Rep. en Madrid

P.° del Prado, 42, Sandoval, 4

MONTFALCÓN

Grabados religiosos,
Estampas, Tapices,
Estatuaria religiosa,
Altares completos,
Santas Cenas,
Cuadros al óleo,
Marcos, Molduras.

BOTERS, 4 (final Puertaferrisa)

LIBRERIA • PAPELERIA • IMPRENTA

MATERIAL ESCOLAR

Vda. de Rosals

FÁBRICA DE CARTAPACIOS Y LIBROS RAYADOS

Desp.: PUERTAFERRISA, 30 - Talleres: CAMPRODÓN, 14 - Teléf. 17713

BARCELONA

LA PROVIDENCIA

Pedro Serra

CUCURULLA, 2 y 4 - TELEF. 18434

BARCELONA

Labores de Señora
Lanas, Mercería
Novedades
Puntillas, Albas
y demás artículos
para ornamentos
Casullas

TRAJES ECLESIASTICOS

Vergara, 9, 2.°
Teléfono 13733
BARCELONA (2)

José García Bermejo & Cía., Sdad. Ltda.

OBRAS DE TEXTO, CIENCIAS, DERECHO

José Bosch
LIBRERO

LIBRERIA BOSCH. RDA. UNIVERSIDAD, 11
LIBRERIA BASTINOS. CALLE PELAYO, 52

LAS CASAS MÁS ANTIGUAS Y SURTIDAS

IGNACIO VIDAL

PRODUCTOS SANATORIUM

Nueva medicación natural • Serie Terapéutica • Fórmulas del Dr. J. García Roca

Depurativo Purgante SANATORIUM Eupéptico Regenerador

De venta en farmacias y centros de específicos

Para pedidos: **Laboratorios PRODUCTOS SANATORIUM, Calle Call, 20 y 22 - BARCELONA**

HILADOS Y TEJIDOS
SERRA-OLLÉ

Fábrica: Premiá de Mar
DESPACHO
Rambla de Cataluña, 25
Teléfono 10581
BARCELONA

HILADOS Y TEJIDOS DE ALGODÓN Y MEZCLAS

MANUFACTURAS ISIDRO CARNÉ, S. A.

FÁBRICA EN CASTELLGALI

Ausias-March, 10 - Teléfono 12967 - BARCELONA

BARCELONA
Y MANRESA

Almacenes
JORBA

Es donde siempre comprará Vd. más barato

Pedro Domecq y Cía

Vinos y Coñac

TRES MARCAS DE JEREZ

LA RAZA
RÍO VIEJO
JANDILLA

TRES MARCAS DE COÑAC

CARLOS I
FUNDADOR
TRES CEPAS

DECIR DOMECQ ES DECIR CALIDAD

NAGSA-BARCELONA

EL ARTE CATÓLICO

PALACIO DE IMÁGENES

CASA BOCHACA

Telegramas: Artispano • OBISPO IRURITA, 2 • Teléf. 19504 • **BARCELONA**

LA MÁS IMPORTANTE DE ESPAÑA EN TODO LO CONCERNIENTE AL CULTO DIVINO

ORNAMENTOS SAGRADOS

CASULLAS-CAPAS
DALMÁTICAS-PALIOS-ALBAS-ROQUETES-CÍNGULOS

ORFEBRERIA PLATERIA

CANDELEROS-INCENSARIOS-SACRAS-SAGRARIOS
CÁLICES-COPONES
CUSTODIAS

ESCULTURA RELIGIOSA

IMÁGENES - CRUCIFIJOS - VIA CRUCIS - NIÑOS CUNA

ALTARES - PÚLPITOS - CONFESONARIOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SEMINARIO CONCILIAR DIPUTACIÓN, 231 BARCELONA

TELÉFONO 10721

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN. AL AÑO: **8** PESETAS